COMEDIA FAMOSA.

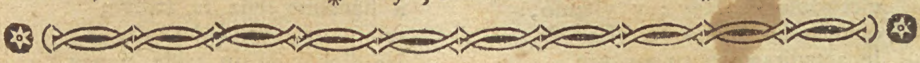
QUAL ES EL MAYOR APRECIO DEL DESCUIDO DE UNA DAMA.

LA JARRETIERA.

DE D. FRANCISCO BANCES CANDAMO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Eduardo, Rey de Inglaterra.
Enrique de Montgomerri.
El Duque Norflorcia.
Ricardo, Galàn.
Juana, Condesa de Salisburg.
Milardi Enriqueta, Dama.
Fenisa, Criada.
Nise, Criada.
Morgàn, Criado.
Zerbin, Criado.
Musica.
Acompañamiento.



JORNADA PRIMERA.

Despues de la Musica, suenan caxas, y clarines à un lado, y al otro ruìdo de caza.

Musica. AL triunfo de Eduardo,
el Tamesis aneguen,
à vagas poblaciones,
Gondolas, y Javeques,
rompiendole la tèz à las espumas
los clarines, que musicos gorgeen.
Dent. Juana. Llega à tierra, que àzia aqui
del Rey la batida viene.
Dent. Milardi. Tomemos todas venablos,
siguiendo confusamente
el estruendo de la caza.
Uno. Al llano el bruto desciende.
Dent. Rey. Seguidle àzia la ribera.
Todos. Al llano.
Dent. Juana. Cielos, valedme!
Vàn las Damas con venablos, y plumas atravessando el tablado como en fuga.
Fenisa. Mas à mano estàn mis plantas,
à ellas mi temor apele. *Vase.*
Nise. Si yo en mi miedo cupiera,
en èl pudiera esconderme. *Vase.*
Milardi. Un monte mueve la planta
en cada passo que mueve. *Vase.*
Dent. Juana. No hay quien me socorra?
Dent. Enrique. Bruto,
la furia velòz suspende,
pues ya la vida derramas
en roja espuma que viertes.
Dent. Rey. Monteros, acudid todos,
que alli voces de mugeres
suenan.
Sale Juana de monte, con venablo, y plumas, huyendo; y ella, y todas à la Inglesa.
Juana. Ay de mì! que en vano,
aun para quexarse, quiere
el pecho alentar, si el susto
acentos, y passos prende;
y tanto, aun para las voces
el aliento se entorpece,
que entre los labios del pasmo
se me ha quaxado el ambiente.
Sale Enrique de cazador, con venablo.
Enrique. Suspende, prodigio hermoso,
la planta, de cuya breve
huella, la estampa en un solo
jazmin, que brota, se pierde;
y alienta, que ya el cerdoso

bruto, que aljava viviente
bolantes flechas sacude
del rizo arqueado copete,
su vida vertiò à las flores,
à quien tu peligro tiene
del susto pàlidas, hasta
que à su purpura enrojecen;
pues regadas con su sangre,
florecerà allì su muerte.

Juana. Quièn sino tù, Enrique mio,
tan velòz à socorrerme
llegàra? Y quièn sino tù
pudiera hacer, que perdiesse
el merito de elegirte,
al destino de no verte?

Enrique. Ay mi bien! essa memoria
guarda para defenderme
con ella de mi discurso,
viendo que à tus ojos buelve
victorioso el Rey; y viendo,
quanto sus ansias corteses
le acreditan de tu amante.

Juana. Si vès mi desdèn, què temes?

Enrique. Que esquiveces apuradas
dexan de ser esquiveces;
pues poderosas porfias,
hasta quando cansan, vencen.

Juana. Gente en mi socorro acude,
y aunque no importa que viessen,
que en tal peligro me hablabas,
haviendo logrado siempre
tan oculto nuestro amor,
que entre mil inconvenientes,
no solo no hay quien lo sepa,
pero ni aun quien lo sospeche:
desmayada he de fingirme
en tus brazos, ya me tienes
en ellos, esta mentira *Desmayase.*
tantas verdades te premie.

Enrique. Què hicieran, prenda adorada,
en mi cuello reverente
tus verdades, si aun assi
tus mentiras favorecen?

Salen el Rey, el Duque, y Ricarte, todos de Ingleses galanes, con plumas, y venablos.

Duque. Azia aqui fue::- mas què miro!

Rey. Azia aqui::- mas, Cielos, este
prodigio, no solo el passo,
pero aun la vista detiene,
devorandome el assombro
lo movil de lo viviente!

Dent. Milard. Bolved todas, pues ya acude
à nuestro socorro gente,
y al dexarla, ya que assi
no se disculpe, se enmiende.

Salen las Damas, y Morgàn.

Fenisa. Aqui està, y bien assistida:
no hayas miedo que viniessen
tan prontos à mi socorro.

Morgàn. Esto es querer, que se afrente
mi valor con su temor,
quando mi acero acomete:
mas, valgame Dios! el Rey.

Fenisa. Mas à mi fuga se debe,
que à su amor.

Rey. Què es esto, Enrique?

Enrique. Señor, grossero accidente,
à precio de una desgracia,
à hacerme feliz se atreve;
tan gran costa à la fortuna
las dichas de un triste tienen.

Milardi. Desmayada al susto yace:
prima. *Juana.* Ay de mì! *Buelve en sì.*

Rey. Ya amanecen
dos noches en sus dos ojos,
y en sus mexillas enciende
la sangre otra vez las rosas,
que el susto apagaba en nieve;
mal aguero es de mi entrada.

Duque. Ay de quien todo lo siente!
para otro vive, si vive,
para mì muere, si muere.

Juana. Dònde, Cielos, estoy! *Rey.* Donde
à tu vista convalece
en todos, Condesa hermosa,
el alma, puesto que al verte,
ni bien muerta, ni bien viva,
en nosotros se detiene
la vida como confusa,
mas que dudosa, pendiente,
entre el susto con que alientas,
y el temor con que enmudeces.

Juana. Vuestra Magestad, señor,
yo, si::- *Rey.* Aun turbada parece
mas bella hermosura: còmo
tu imperio evitar se puede,
si hasta los mismos peligros
son de tu peligro afeite?

Juana.

Juana. Gloriofo Rey Eduardo
de Inglaterra, en cuyos breves
jovenes años, las altas
efperanzas de tus gentes,
madrugando el tiempo, aun mas
fructifican, que florecen:
pues tus primeras hazañas
han fido tan eminentes,
que à la fama, y la memoria
no les dexan ya que efperen,
y tus prendas, de excefsivas,
defde que nacen no crecen.
En effa hermofa Alquerìa,
cuyas torres defparecen
las piramidales puntas
de fus altos chapiteles,
en las agujas de tanto
ciprès como la guarnece,
y mas que guarnece, affombra;
pues fiendo fantafmas verdes,
de fombras de gualdas viften
negro verdor fus ciprefes:
En effa hermofa Alquerìa,
que fediento de las fuentes,
y ambiciofo de las flores,
que bordando fus ribetes,
transforman en aguas de ambar
fus bulliciofas corrientes,
en lugar de retratarla,
el Tamefis fe la bebe:
el general Parlamento
el hofpedage os previene
donde efteis, en tanto que
perfectas en Londres queden
las prevenciones del triunfo
con que recibiros quiere,
quando bolvais victoriofo
de tantas armadas huestes,
como el Rey David de Efcocia
por nueftras campañas tiende,
por nueftras cumbres derrama,
à cuyo pefo eminente
todos los montes fe exprimen,
y de fu impulfo proceden
los minerales que brotan,
los manantiales que vierten.
Mi prima Enriqueta, y yo,
ocupabamos la fertil
vaga poblacion frondofa
de fus confufos vergeles
efta Primavera, donde
Enrique, cuyos pinceles
tanto à la naturaleza
en lo que imitan exceden,
que parece que à los dos
producen lo que les mienten;
pintaba una galerìa,
cuya hiftoria à fus paredes,
en coloridos idiomas,
voz para los ojos dieffe.
Viendo, pues, que en efte bofque
la inclinacion os detiene
de la caza, como fon
las Cortes tan impacientes
con la pereza, en aquella
noble anfia de vèr fus Reyes,
fe defpuebla Londres toda;
porque el Tamefis fe pueble
de nadantes galerìas,
en Gondolas, y Javeques,
que al aire fobre las velas
errantes penfiles tejen,
de quien fueron los matices
tendales, y gallardetes.
En ellos todas las Damas
la undofa tez tranfparente
del rio rompen, y bordan
de blancas efpumas leves,
ò ya la quilla las rija,
ò ya el aire las encrefpe:
de muficas, y clarines
fe pueblan acordemente
los aires, haciendo, quando
ecos con ecos fe encuentren,
que, hiriendo como impelidos,
alhaguen como cadentes.
Mi prima, y yo, en quien à nadie
la lealtad nativa cede,
en una Gondola entramos
tan afqua de oro, que temen
aun los criftales del rio
à fus luces encenderfe,
fegun herida fu popa
à tanto reflexo ardiente,
quanto al Sol concibe en vifos,
al agua en incendios buelve.
De vueftros Monteros vimos
baxar confufos tropeles

por la ribera, y creyendo,
que con ellos estuviesses,
terciando todas venablos,
cuyos acerados temples,
aun mas el temor adornan,
que el ànimo fortalecen;
salimos à tierra, quando
de aquel ribazo desciende,
como que precipitados
tràs sì los montes trajesse,
en los hombres que le acosan,
y en los canes que le muerden,
un Espìn, tan erizado,
que su giro le defiende,
cerrado esquadron de picas,
y saètas, con que suele
dar muerte, quando sus pùas,
à quantos se le opusieren,
ò ya vibradas enristre,
ò ya disparadas fleche.
Sediento, y herido al agua
iba, y yo pasmada al verle,
dì primero voces, luego
ni aun de ellas pude valerme,
y enmudecì, porque el susto
hizo, que à un yelo rebelde,
aun el aliento quaxado,
la respiracion estreche,
y en nudo de bulto acabe,
por mas que en suspiro empiece:
huye al corazon la sangre,
vistiendo de palideces
el miedo en el rostro, y tanto
la turbacion en mì crece,
que hizo, que aun para la fuga
las plantas se me congelen,
prendiendome el passo, con que
haciendo que el riesgo espere
el no resolverme à huirle,
pareciò que era atreverme
à esperarle cara à cara:
ò quàntas, ò quàntas veces
del cobarde ha parecido
la resolucion valiente!
Todas me dexaron, quando
llegò Enrique diligente,
llamado de mi peligro;
y bien que el bruto esgrimiesse,
ya de su greña las puntas,
y ya el marfil de sus dientes,
escupiò en sangre la vida,
sonando el viento à los fuertes
impulsos de su venablo;
porque al furor que le impele,
aun antes el viento gima,
que el bruto herido se quexe.
Acudiòme luego, quando
al pavor que me estremece,
haciendo, que aun con la planta
el aliento titubee,
socorriendo al corazon,
los sentidos desfallecen
en un desmayo, de quien
cobrada llego à ofrecerme
à tus plantas, desde donde
en festivos parabienes
de su victoria, en tus manos
mi lealtad rendida selle. *Arrodillase.*

Rey. Alzad del suelo, divino
prodigio, que està indecente
à mis plantas tu hermosura,
por mucho que ella me eleve,
hasta donde à humanos ojos
la altura me desvanece.
Mal huviesse, amen, la caza,
y mal el afan huviesse,
que en el ignorado acaso,
à su costa me divierte;
pues robò el susto à los ojos,
en sus labios, y en su frente,
los ampos à los jazmines,
la purpura à los claveles.
No mas caza, no mas monte,
Arroja el venablo.
y nadie à mi vista quede
con las venatorias armas,
que su peligro me acuerden;
pues fuerza es, que à mi amor tanto
el susto le represente,
que siempre que se repita
recelarè que sucede.
No en vano, Enrique, en mi agrado
tanta estimacion adquieres:
no en vano tu habilidad
peregrina pudo hacerte
Pintòr de Camara mio,
por mas que estrangero eres
en mis dominios: no en vano

mi inclinacion mudamente
me avisò, que tu valor
se reservò para hacerme
tan gran servicio; porque
naturaleza prudente,
à gran fin en un sugeto
sus altos dones previene.
Toma esta joya, no tanto
por imaginar que premien
tantos luminados astros,
como su esfera guarnecen
tu accion, como porque viendo
quanto ella à mi premio excede,
que es superior tu hidalguìa
à mi grandeza, confiesse.
Enrique. Señor, que sea forzoso,
que à fuerza del poder ferie
mis finezas, permitid
que lo escuse, pues no puede
ser acreedor vuestro aquel,
que executa lo que debe.
Qualquiera que alli se hallàra,
era forzoso que hiciesse
lo mismo; el llegar mas presto
no es hazaña, sino suerte,
y de una fortuna, bien
premiado està el que la tiene.
Rey. Tomad, y no repliqueis,
que compite con los Reyes,
quien sus favores no admite,
y en cierto modo los vence,
quanto và de que dè el rico,
à que el que no lo es desprecie.
Dale una joya.
Enrique. Vivais dilatados siglos.
Morgàn. Hombre, toma, y no aconsejes,
que el primero que inventò,
que los Principes de allende
solo con palabras paguen,
es digno de que le quemen.
Enrique. Por què?
Morgàn. Porque èste introduxo
moneda falsa; si adviertes,
que palabras de señores,
con ser moneda corriente,
tienen poca ley; pero oy
ninguna mas liga tiene.
Juana. Ya que vos, por ser en fin
magnanimo, solamente
os mostrais agradecido,
no estrañarèis que se muestre
deudora la interessada:
(ocasion es de que temple *ap.*
con este favor los zelos,
que en dones el Rey embuelve)
Enrique, esta joya mia,
(el decir mia os empeñe
à no escusarla) esta joya,
mi afecto es bien que os entregue,
no en premio, sino en señal,
que mi gratitud ostente;
pues quien empieza à pagar,
parece que ya agradece. *Dale otra joya.*
Enrique. Porque vuestra mano::-
Duque. Enrique,
essa joya, ya me entiendes,
esposo he de ser de Juana,
cortès, y discreto eres. *Al passar.*
Enrique. Esto solo me faltaba.
Milardi. En vano tù te resuelves
tomar prenda de otra Dama,
que no sea para ofrecerme
à mì. *Enriq.* Otro escollo! *Juana.* Tomad.
Enrique. Porque vuestra mano dexe
premiado, aun mas el deseo
de mis rendimientos fieles,
que la accion, la tomo, en fè
de que en su valor se infiere,
que quien os queda deudor,
tambien obligado os quede:
por vuestra tomo la joya,
y porque ocasion me ofrece
de competir de un Monarca
heroicas explendideces,
sin que ofenda el competirle.
Rey. De què suerte? *Enriq.* De esta suerte.
Esta joya, gran señor,
en pago à daros se atreve
mi amor, de la que me disteis:
ved como reusar puede
vuestra grandeza el tomarla,
ni quièn dirà, que no vence
mi dàdiva à vuestro dòn,
sin que vuestras altiveces,
de que yo os pague una joya,
puedan, señor, ofenderse.
Rey. Solo tu cortesanìa
pudo hacer, al excederme,

obligarme Aſtro brillante,
cuyos carbunclos ardientes,
ſin duda de ſus dos ojos
diafanos rayos aprenden,
deſde oy vendràs à influirme.
Vos, ſeñora, pues me tienen
vueſtro galàn declarado
las libertades corteſes
de nueſtra Nacion, en donde
nos permiten los deſdenes
de las mas iluſtres Damas,
que en ſaraos, y banquetes,
en paſſeos, y aſſamblèas
nueſtro afecto las corteje,
ſin que el melindre al recato
los eſcrupulos afecte,
pues nunca lo cariñoſo
olvida lo reverente;
permitid que de galàn
cumpla con todas las leyes,
pues un joven Rey marcial,
cuyo eſpiritu ſe enciende
en las militares glorias,
que le dàn tantos laureles,
no eſtà airoſo ſin amor,
que las empreſſas fomente.
Y aſsi, tomad mis carrozas,
porque bolvais brevemente
à la Quinta à repararos
del ſuſto, en tanto que llegue
yo à ceñir de un bruto airoſo
el furor en los borrenes,
porque por el viento, unido
à vueſtro eſtrivo me lleven.
Dadme un cavallo: ay amor, *ap.*
quando juzguè que ſupieſſen
los aires de la campaña
eſte ardor deſvanecerme,
à ſus ojos mas vencido,
deſpues que vencì, me buelves! *Vaſe.*

Duque. La joya diò al Rey: amor, *ap.*
dexa los zelos crueles,
que entre las corteſanìas
del Rey, me has hecho que encuentre,
y deſde el diſcurſo al alma
ſon enſortijadas ſierpes. *Vaſe.*

Juana. Que una joya de ſu Dama *ap.*
al Rey, Enrique le dieſſe!
ſin mì eſtoy! ***Morgàn.*** Que mi amo ſabe
ſu poquito de alcahuete,
dando la joya! en fin, no hay
ninguno que no ſe ingenie;
pues ellos llaman amigos
à los que eſte oficio exercen,
ſin que haya de eſtos à eſtotros
coſa que los diferencie,
ſino el mal nombre, que ſirve
de infamar à los pobretes.

Niſe. Morgàn, de mi ama un recado
tengo para tì, ſi puedes
eſcapate de èl. ***Morgàn.*** Si harè.

Milardi. Porque en otro coche entre,
donde llegar pueda Enrique,
bien ſerà que à ellos me acerque
antes que llegue mi prima. *Vaſe.*

Juana. No creì, que vos hicieſſeis
(mucho ſerà que delante *ap.*
de Feniſa no rebiente
mi enojo! mas de la cifra
me valdrè, ſi ſe ofreciere
coſa oculta) no creyera,
que el deſdoro en vos cupieſſe,
de dar prenda que yo os dì,
con accion tan indecente,
como darſela à mi viſta.

Enrique. Ni yo creì, que tuvieſſeis
en eſſo mas que reñirme,
ſeñora, que agradecerme.

Juana. Yo agradeceroslo? ***Enrique.*** Si,
porque bien claro ſe infiere,
que ſi me quiſo pagar
el que yo la vida os dieſſe,
con una joya, que airado
me obliga el poder que acepte,
y hacer à tan poco precio
mi fineza ſuya quiere;
quien à coſta de otra joya,
bien que joya vueſtra fueſſe,
la reſcata, dà à entender,
que en ningun precio la vende;
y aſsi, ſeñora, por mas
que vueſtro ceño ſe altere,
quedeme à mì la fineza,
y la joya al Rey le quede.

Juana. No es mas, que una prenda mia
vueſtra traicion enagene,
que no que el Rey de pagar
vueſtra fineza, me alegue

la fineza ? *Enrique.* No señora,
porque si mejor se advierte,
es una alhaja la joya,
que aunque por prenda se tiene,
mas de dàdiva en su precio,
que no de favor embuelve,
y no importa tanto, que èl
una dàdiva conserve
vuestra, como una fineza,
que à vuestros ojos hiciesse;
y pues la joya le paga,
nada el cariño le debe.
Fenisa. Ya tengo que sepa el Rey.
Morgàn. Ya tengo cosa que cuente
à Enriqueta; pues de mi amo,
por mis ciertos interesses,
espìa à latere soy
de quanto hablàre, y dixere.
Juana. Mucho se declarò en esto:
solo mi decoro siente,
que al Rey se diesse mi prenda,
y no ser vos quien la diesseis;
porque què me importa à mì,
que vos seais lo que fuereis ?
(ay de mì !) que iba à decir, *ap.*
ingrato, falso, y aleve. *Sale Ricardo.*
Ricard. El Rey, señora, os aguarda.
Fenisa. Ricardo. *Ricard.* Dì.
Fenisa. Luego verme
puedes. *Ricard.* Si harè.
Fenisa. Pues lo pagan,
parlarè quanto supiere,
y aun de quanto imaginàre
le bordarè su ribete.
Juana. Vamos, y en honor del Rey,
à quien el Orbe se estreche,
à ser en su redondèz
digno circulo à sus sienes,
otra vez en los cristales
los dulces coros alternen.
Vanse, y quedan Enrique, y Morgàn.
Musica. Al triunfo de Eduardo, &c.
Enriq. Astros bellos::- *Morgàn.* Soliloquio ?
yo escapo como un cohete,
en tanto que en sus idèas
extatico se divierte,
à parlar quanto aqui he visto:
ya ha hallado mi calletre,
de Enriqueta en los oìdos,
para que màs me recree,
la piedra filosofal,
ignorada tantas veces,
pues las palabras de estotro
ella en plata me convierte. *Vase.*
Enrique. Astros bellos::- *Sale Zerbin.*
Zerbin. Solo à fin
de verte, esperè encubierto,
à que dexassen desierto
todo este monte. *Enrique.* Zerbin ?
à mis brazos bien venido
seas. *Zerbin.* Requiebros à mì ?
no pararè mas aqui.
Enriq. Por què? *Zerb.* Porque he colegido,
que me espera gran trabajo,
pues mi lealtad sufrirà
el gran chasco que traerà
à las ancas tu agassajo:
que quando se llega à vèr,
que trate con mucho amor
à un criado su señor,
es porque le ha menester.
Enrique. Siempre de humor has de estàr?
Zerbin. Desde que las afufaste,
y de Escocia te ausentaste,
no me quedò que gastar
otra cosa; y pues llamado
vengo, y cartas recibì,
quando ignoraban de tì
todos, què puerto has tomado,
què fortunas has corrido,
ni à donde estàs ? dì à què fin
necessitas de Zerbin,
ò à què efecto soy venido ?
Enrique. Desde que quiso mi suerte
darme, con injusta ley,
por enemigo à mi Rey,
por una tragica muerte,
que disculpar quise en vano,
por ser en un lance, donde
enojè tambien al Conde
de Montgomerri, mi hermano.
De un Monarca perseguido,
y de un destino ultrajado,
de deudos desamparado,
de patria destituìdo;
me vì obligado à la ausencia,
haciendo en mi adversidad
norte la casualidad,

des-

deſtino la contingencia,
que à Inglaterra me condujo,
donde me ſuſpendiò el paſſo,
porque fue quizà eſte acaſo
conſultado con mi influjo.
Ya ſabes quanto en mi edad
primera el arte exercì
de Pintòr, donde adquirì
tal grado de habilidad,
que por sì ſola ſe hacìa
ella eſtimar, de manera,
que para ſer la primera,
no huvo meneſter ſer mia.
Aqui, pues, con ocaſion
de hacer en ſu Corte aſsiento,
lo que fue divertimiento
antes, hice profeſsion;
y en tan noble habilidad
con que he adquirido riqueza,
deſnudo de la grandeza,
hago inmenſa vanidad
de ſer honrado por mì,
ſin que nada haya heredado,
pues para eſtàr eſtimado
me ſobra lo que nacì.
Pintòr de Camara he ſido
del Rey, y por el primor
de mis lineas, à eſte honor
entre todos eſcogido.
No pienſes que exercitàra
mi generoſo ardimiento
eſte pueſto tan contento,
ſi amor no me diſculpàra,
haciendo al mas alto honor
los exercicios capaces,
que ennoblecen los disfraces
los diſsimulos de amor.
La hija del Seneſcal,
que en Eſcocia Embaxador
fue, y el milagro mayor,
prodigio mas celeſtial;
pues amor, porque deſpojos
ſuyos los mortales vea,
quanto aun no cupo en la idèa,
ſupo abreviar en los ojos:
un dia en Eſcocia, yendo
de nueſtra Quinta al Jardin
à un prevenido feſtin,
por ir los coches corriendo,
el Cochero, que en enojos
à los demàs atropella,
bolcandole el coche à ella,
les quebrò à todos los ojos.
Lleguè al ſocorro el primero,
uniendo en el trance eſquivo
ternezas de compaſsivo,
à leyes de Cavallero:
donde rompiendo embarazos
entre horror, y confuſion,
del rieſgo la preciſion
hizo corteſes los brazos,
que de puerto la ſirvieron
en el golfo de ſus llantos;
(ò quantos dichoſos, quantos,
rieſgos de Damas hicieron!)
porque quando mas ſañudo
el deſdèn en ellas crece,
la deſgracia favorece
à quien la ſuerte no pudo.
A la Quinta la llevè,
donde cortès la aſsiſtì,
en el rieſgo la ſervì,
del ſuſto la reparè,
aun ſin llegarme à inclinar;
pues tan niña era à mi vèr,
que entonces fue amanecer,
lo que aora es abraſar.
Vila en Inglaterra aora,
y en el zenit de ſu vida
la perfeccion ya crecida,
que le apuntaba à la Aurora;
oy de la caſualidad
renovada aqui la gloria,
lo dulce de eſta memoria
ſe hizo luego voluntad.
Què de veces imagino,
por quan ignorados paſſos,
aun de olvidados acaſos,
è influjos, hace el deſtino!
Yo en efecto la ſervì,
ella en fin me conociò,
y aquello que ſe acordò,
ſupo interceder por mì;
porque para la victoria
de ſu eſquiva libertad,
hallò ya mi voluntad
ſobornada ſu memoria.
El ſecreto la encarguè

de quien ſoy, fiando de ella
lo inflexible de mi eſtrella,
mi adverſidad la contè:
y aſsi vencì ſu rigor,
pues con tierna falſedad,
aun ſe paſsò la piedad
à la vanda del amor.
A cauſa de eſta hermoſura
mi grandeza disfrazada
eſtà, ofreciendome entrada
el arte de la pintura,
para vèr la gloria mia
con libertad, y à eſte fin,
aora eſtoy en ſu Jardin
pintando una galerìa.
No tengo de quien fiarme,
que en coſa tan arrieſgada,
ni à criado, ni à criada
he querido declararme
en mi ſecreto conſtante;
porque hay el inconveniente
del Rey, que pùblicamente
hace gala el ſer ſu amante.
Y aunque eſte es afecto ocioſo,
que no puede ſubſiſtir,
no es cordura competir
la paſsion de un poderoſo;
en cuya ſuerte importuna,
ſiempre en ſu opinion ſerìa
contra ſu ſoberanìa
delito el tener fortuna.
Demàs, que capitulado
de Norflorcia el Duque eſtà
con ella, y ſu padre ya
el caſamiento ajuſtado
dexò, aunque por adverſion
ella el dilatarlo esfuerza,
ſin que la obediencia tuerza
ſu ſevera condicion.
No ha havido cifras eſtrañas,
ni ocultas tintas ha havido,
con que no haya introducido
con cautelas, y con mañas
los papeles, y cobrado
reſpueſta à tiempo oportuno,
ſin fiarme de ninguno;
porque Morgàn, un criado,
que en Londres he recibido,
ſi ſu genio conjeturo,
poco callado, y ſeguro
à mi amor ha parecido.
Con acciones naturales,
que en una converſacion
poco reparables ſon,
por ſer à todos caſuales,
una cifra he diſcurrido,
con que ſin ſoſpecha hablèmos,
aunque cercados eſtèmos
de todos, y perſuadido
de tu nativa lealtad,
te llaman las anſias mias:
ya te acuerdas, que tenias
peregrina habilidad
en fingirte mudo, pues
para eſte fin te he llamado;
leal eres, y callado,
quanto valgo tuyo es.
Mudo, pues, te has de fingir,
y ſi la cautela paſſa,
en Palacio, y en ſu caſa
te podràs introducir:
con tu induſtria, à ella podràs
hablar de mì, y como aſsi
no ſe guardaràn de tì,
creyendote ſordo, oiràs
quanto de ella el Rey hablàre,
el eſtado de ſu amor,
quanto el poder, ò el rigor
para mi ofenſa intentàre.
Ya la cifra te darè,
porque en un rieſgo preciſo
me puedas dar el aviſo,
ſin hablarme, y ſin que dè
ſoſpechas de tì el deſcuido,
que mis recelos mejora.
Vamos à la Quinta aora,
donde el Rey havrà llegado,
ſin que traicion haya ſido
la que intenta mi valor,
que en la guerra, y en amor,
todo ardid es permitido.
Zerbin. Pues vamos allà, ſeñor,
que mudo me fingirè
para tu intento, y ſerè
un mudo tan hablador,
que aunque tù por tus locuras
à mi voz ſilencio pones,
hablarè en geſtos, y acciones

por todas mis coyunturas.

Enrique. Yo con ella te darè
introduccion ; mas primero
que todos te vean , quiero
fingirte mudo , porque
no dèn ſoſpecha al entrar
en ſu caſa por mi mano.

Zerbin. Anda , que es recelo vano
mi entrada , ſeñor , dudar:
haz cuenta que eſtà lograda,
que en caſa de la grandeza,
jamàs à quien và à ſer pieza
le pudo faltar la entrada. *Vanſe.*

Sale Juana con un papel, y deſcubreſe un lienzo , y recado de pintar.

Juana. La ultima cifra de Enrique,
deſpues que tengo eſtudiadas
tantas como en el diſcurſo
de nueſtro amor hizo , y tantas
como en tintas inviſibles,
en equivocas palabras,
y en obſcuros caractères
nuevos aviſos disfrazan:
la ultima cifra de Enrique
es eſta , que en la ordinaria
cifra que me eſcribe, quando
de darme papeles halla
ocaſion , eſcrita viene,
y ſu clave aqui explicada:
quiero repaſſarla à ſolas
en eſta florida eſtancia,
en tanto que de la Corte
beſamanos embarazan
al Rey, y que en el concurſo
mi prima eſtà embeleſada.

Lee. Todo cariño , que quieran
decirſe Galàn , y Dama,
ſerà componiendo el pelo:
y todo deſdèn , ò rabia,
ſerà tentarſe las ſienes,
como que acaſo ſe haga:
jugar con el abanico,
ò eſtufilla , deſcuidada,
ſerà accion de pedir zelos:
y en el Galàn los ſeñala
alzar un poco el ſombrero,
la cinta , ò pluma que traiga:
ſatisfaccion de los zelos,
ſerà el paſſar por la cara
toda la mano al deſcuido,
como que es iluſion vana.
Preguntarſe ſi ſe quieren,
ſerà en accion alternada,
la Dama en el abanico,
y el Galàn en la corbata:
el no, ſe dirà en la oreja;
el sì , ſe dirà en la barba;
en la nariz ſe pregunta
ſi enojado , ò enojada
eſtàn ; què tiene , en la ceja;
que eſtà malo , ò eſtà mala,
refregandoſe los ojos:
toda pregunta que enlaza,
como quien , por què , de què,
en la cabeza ſe haga,
diſcurriendo la pregunta
conforme lo que ſe habla.
El Rey ſe explica en la frente;
el Duque tocar la manga;
al decir Ricardo , el pecho;
y Enriqueta , la garganta.
En el dedo mas pequeño,
la perſona eſtà cifrada
del criado ; en la muñeca,
qualquiera de mis criadas:
el dedo del corazon,
à la Dama nos declara;
y el dedo indice al Galàn.
No leo mas, porque es muy larga
la cifra , y muy ingenioſa,
y en cortas ſeñas abraza
quanto la converſacion
de amantes mas dilatada
puede ofrecer ſin ſoſpecha;
pues reducida ſe halla
à acciones, que por caſuales
no pueden ſer reparadas:
ſolo lo que he meneſter,
es ingenio para hablarla,
ſupliendo à veces el verbo
con que ſe unen las palabras.
El vendrà ya à proſeguir
las pinturas empezadas
de eſta galerìa ; que
ſe diſcurriò por dar traza
de vernos. *Sale Morgàn.*

Morgàn. Que una vez , que
un hombre que parlar traiga,

no

no haya encontrado à Enriqueta
por jardines, ni por salas!
Si mas el hablar detengo,
me han de dar mas de mil bascas:
porque un secreto es gusano,
que royendo las entrañas,
con un oculto bullicio,
hasta vomitarle escarba:
valgate Dios la Enriqueta!
pero (ay de mì!) aqui està Juana;
este encuentro tiene azàr,
yo escapo. *Juana.* Morgàn, aguarda:
para què à Enriqueta buscas?
à espacio, desconfianzas. *ap.*

Morgàn. Otra nueva tentacion?
què tenga un hombre esta falta
de no poder callar cosa!

Juana. Dilo. *Morgàn.* Mucho aprieta.

Juana. Acaba.

Morgàn. Señores, ya no es possible,
porque me và dando arcadas,
y un secreto es gran miseria,
que con todos no se parta,
pues podrido à nadie sirve,
y se pudre si se guarda.
Señora, busco à Enriqueta,
porque tan enamorada
està de mi amo la pobre,
que de zelos no descansa;
y porque le diga quanto
hace, dice, piensa, y gasta,
en lo que, porque ella oyera,
quizà yo se lo pagàra,
sino que entre dos deseos
el suyo mas se adelanta.

Juana. Muerta he quedado! y què vienes
aora à decirla? *Morgàn.* Ya escampa:
à esso no me detendrè,
quede aqui la hoja doblada,
que à moler voy los colores,
pues ya para pintar tarda;
y si es que viene, y contigo
en secreticos me halla,
puede ser, que siembre en mì
mil chichones à patadas;
y no quiero que essa fruta
entre mis costillas nazca,
que mi espinazo no piensa
llevar fruta de sus plantas. *Vase.*

Juana. Ay infelìz! que en amor
tranquilidades no haya!
à quièn una voz al aire
no basta para borrasca?
muerta me ha dexado este hombre!

Sale Milardi. Prima, tù tan retirada
del concurso de la Corte,
que en quadrillas desmandadas
viene à esta Quinta? què es esto?
mucho à los ojos agravias
de quien tu retiro esconde
belleza tan soberana:
triste estàs? què es lo que tienes?

Juana. Esto solo me faltaba: *ap.*
no sè; triste estoy, y à un triste
todo bullicio le cansa.

Milardi. Diviertete en la pintura,
que aora de llegar acaba
Enrique à la galerìa,
y à mì en extremo me agrada
el vèr pintar. *Juana.* Ha traidora! *ap.*

Milardi. Què dices?

Juana. Vamos: què falsa *ap.*
me lleva à lo que deseo,
quando juzga que me engaña!

Descubrese Enrique con paleta, y pinceles, pintando un lienzo, y Morgàn moliendo los colores.

Enrique. Tarde havemos oy venido.

Morgàn. Si tù te fuiste à la caza,
quièn tiene de esso la culpa?

Juana. Aqui estamos retiradas
mejor, pues ya desde aqui
à verle pintar se alcanza:
retirate aqui conmigo:
con verle mi amor descansa. *ap.*

Milard. No le ha de hablar si yo puedo. *ap.*

Juana. Li cifra serà la traza. *ap.*

Enrique. Alli se han parado à verme:
aqui la industria me valga
de la cifra que la dì,
pues ya la tendrà estudiada.

Và haciendo las señas que señalan los versos, sin dexar de pintar, y ella hablando con Enriqueta, las hace tambien con dissimulo.

Què tienes, mi bien? en ceja,
y pelo dixo enojada.
Me respondiò en la nariz, *nariz.*

la joya serà la causa,
preguntarèle por què
en la cabeza. *Rascase la cabeza.*

Morgàn. Pedrada. *el abanico.*

Enrique. Zelos dice el abanico,
confusion es bien estraña.

Milardi. Què te parece lo noble
de este arte? *Juana.* Noble le llamas?
quando es su primor mentir,
ya bultos, y ya distancias?

Milardi. Si, que es noble la mentira,
que à la verdad se aventaja.

Morgàn. Misteriosas las señoras
estàn, y tiemblo al mirarlas:
Ay señores! que un secreto
tantos sustos en sì traiga,
que detenido se pudre,
y vomitado amenaza!

Enrique. Otra vez en la cabeza::-

Morgàn. Lo que mi amo se rasca.

Enrique. La preguntarè por què.

Juana. Asi explicarè mi saña.

Pone la mano en la cabeza, señala el indice, tienta el bobillo, y la garganta.

Enrique. En la cabeza, en el dedo,
el abanico, y garganta,
porque tù à Enriqueta quieres,
me ha dicho en acciones claras.
Quien se lo dixo, en cabeza,
y boca he de preguntarla.

Componese la sortija del dedo pequeño.

Milardi. Què haces?

Juana. Què he de hacer? que tengo
esta sortija apretada. *El dedo pequeño.*

Milardi. Mal tu inquietud disimula
tu mal humor, ò tu rabia.

Juana. Si bien lo supieras. *Enrique.* Bien
el dedo inferior declara,
que este picaro lo ha dicho.

Morgàn. Què me miras?

Enrique. Muele, y calla,
que si à vista no estuvieras
de quien tu traicion ampara,
yo te hiciera que otra vez
à la Condesa contàras
los extremos de Enriqueta.

Morgàn. El Flos Sanctorum me valga:
este hombre tiene demonio,
porque ni de allì se aparta
la Condesa, ni con otro
le ha podido avisar nada:
no pararè aqui un instante,
demoñuelo de moatra,
que en llevar chismes empleas
toda tu diablura, aguarda,
veràs, que en agua bendita
toda mi boca se baña,
porque de ella no te atrevas
à coger ni una palabra. *Vase.*

Enrique. Con la mano por el rostro
procurarè assegurarla
de que es mentira.

Passase la mano por el rostro.

Milardi. El criado
hizo señas de que vaya
siguiendole, algo hay que sepa:
ya buelvo. *Vase.*

Juana. Traidor::- *Enrique.* Repara,
antes que pierdas el tiempo
en necias sospechas vanas,
en que un mudo que veràs,
un criado es, que en mi Patria
me sirviò, tengo experiencia
de su ardid, y confianza
de sus secretos; y asi,
recibele tù en tu casa,
dì que gustas de èl.

Juana. No quiero:
Aleve, falso, pensabas,
que tercera de mis zelos
havia yo de ser causa
de que en mi casa estuviesse
quien pudiera con sus trazas
dar recados, y papeles
à Dama tuya? *Enrique.* Què Dama?

Juana. Enriqueta, yo lo sè.

Enrique. Plegue à los Cielos::-

Juana. Te cansas.

Enrique. Mi bien, mi dueño, mi esposa::-

Sale por una puerta el Rey, y por otra el Duque, y se detienen.

Los dos. Què oigo!

Juana. El Duque: estatua
viva soy! *Enriq.* El Rey: todo soy yelo!
pero la industria me valga:
Mi cielo, mi amor, mi gloria,
mi dulce prenda, mi alma,
y no mi vida, pues ya

es-

eſtà en las poſtreras anſias,
ſi tales zelos te dì::-
Juana. Deſdichas, èl ſe declara. *ap.*
Duque. Zelos? eſto và perdido,
Rey. Cielos, Enrique me agravia!
Enrique. Y ſi sè de quien los tienes,
ſupueſto que es aire el aura,
à quien llamo, porque temple
mis fatigas con ſus alas,
no vivas mas, que ſerà
en mì la mayor deſgracia,
pueſto que mi muerte empieza
por donde tu vida acaba;
dixo Zefalo, mas Pocris
entre ſus brazos exhala
la vida, y en negra noche
ſus dos luceros apaga.
Aora podeis la pintura
entender, pues ya explicada
la fabula eſtà, de donde
dixo un proverbio à la fama:
que ſi el aire diere zelos,
zelos aun del aire matan.
Rey. O quànto engaña el oìdo!
Duque. Quànto la aprehenſion engaña!
Juana. Cielos! èl, ſin vèr al Duque,
porque le eſtaba de eſpaldas,
deſvaneciò lo que dixo.
Sale el Rey. Què hay, Enrique?
Juana. Què aqui eſtaba *ap.*
el Rey? Cielos, muerta eſtoy!
Sale el Duque. Señor.
Rey. Duque, què ſe trata?
Duque. Viendo eſtaba eſtas pinturas.
Enrique. A la Condeſa explicaba
yo eſta fabula de Pocris,
y Zefalo, à cuya tabla
oy eſtà dando la brocha
las ultimas pinceladas.
Rey. Y eſtà con gran valentìa
la terneza alli explicada
de Zefalo; alli de Pocris
el deſmayo con gran alma.
Corrido eſtoy: que yo hicieſſe *ap.*
tan necia deſconfianza!
Duque. Que ſe atrevieſſen mis zelos
à una ſoſpecha tan baxa!
Dent. Zerbin. Ba, ba, ba.
Dent. Morgàn. Detente.
Sale Zerbin haciendo ademanes de mudo, y Morgàn deteniendole.
Rey. Què es eſto?
Zerbin. Ba, ba. *Morg.* Què ba, ni què baba?
eſte hombre ha dado en entrarſe,
haciendo mil pataratas
haſta aqui. *Duque.* Parece mudo.
Zerbin. La cifra tengo eſtudiada; *ap.*
y antes de entrar, hizo mi amo,
que vieſſe todas las caras
de las primeras perſonas,
que hacen papel en ſu farſa,
para conocerlas, pueſto
que hablando el criado eſtaba
quando entrè con Enriqueta:
con la induſtria comenzada
ſe lo aviſarè, ba, ba, ba.
El dedo inferior, y la garganta, y labios.
Enrique. El dedo inferior ſeñala,
y la garganta, y los labios:
eſto es que Morgàn hablaba
con Enriqueta. *Rey.* Haced, Duque,
que dèn, ſi à eſſo fue ſu entrada,
à eſſe hombre alguna limoſna;
y vamos, que deſpachadas
han de quedar las conſultas:
O Mageſtad ignorada!
què explendida ſervidumbre
es la vida de un Monarca! *Vaſe.*
Juana. No quiero otra vez quedarme
con èl: fortuna airada,
quàndo dexarà de ſer
una anſia el fin de otra anſia? *Vaſe.*
Duque. Por ſeñas dirè que venga.
Zerbin. Ba, ba. *Vanſe.*
Morgàn. Ya le dà las gracias,
con ba, ba, lleva el dinero,
por cierto que es linda maula.
Enrique. Picaro, còmo te atreves,
faltando à mi confianza, *Dale.*
à ſer hablador? *Morgàn.* Señor,
yo no le he dicho palabra
de tì à la Condeſa. *Enrique.* Aora
con Enriqueta no eſtabas
hablando de mì? *Morgàn.* Eſſo mas?
à èl le dice quanto paſſa
el diablo: Jeſus mil veces!
ſi tù de aqui no te apartas,
còmo lo ſabes? *Enrique.* Villano,
en

en tì mi colera airada
vengarè. *Morg.* Señor, ſeñor, *Agarrale.*
que me ahogas, que me matas,
que me quemen, ſi aqui otro
ſecreto à voces no anda.
Enrique. Amor, duelete de mì,
buelve una vez por tu cauſa,
no hagas ſiempre la fortuna
à las verdades deſgracias.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Ricardo, y Feniſa.

Ricardo. Abſorto quedè de oirte.
Feniſa. Lo que te he contado es cierto,
y aſsi, al Rey puedes decirlo:
no pude, por mas que he hecho,
ſaber quien ſea de mi ama
eſte galàn encubierto;
mas que ella eſtà enamorada,
es ſin duda. *Ricardo.* Quièn ſiguiendo
nueſtros paſſos viene?
Feniſa. El mudo. *Sale Zerbin.*
Ricardo. No importa à nueſtro ſecreto,
pues es ſordo. *Zerbin.* Sealo el diablo,
que à muy buena ocaſion llego
por oìr eſſa conſulta.
Ricardo. Y de què ſabes tù eſſo,
que aſſeguras? *Feniſa.* De ſeñales,
que acà noſotras tenèmos:
Mira, quando una ſeñora
tray los diſcurſos inquietos,
quando tiene ſuſpenſiones,
quando ſe enoja ſin tiempo,
quando eſtà alegre, ſin que
nadie ſepa por què, y luego
deſvanece ſu alegrìa,
arrebatada de un ceño:
quando no quiere tocarſe,
ſu poco guſto encubriendo,
con una pereza manſa,
embuelta en un dulce dexo:
quando otra vez ſe compone
con un eſtudiado aſſeo,
haciendo en mudos idiomas
de los colores miſterios:
que me quemen, ſi el amor,
duende de ſus devanèos,
eſpiritando ſus niñas,
no anda en ſus ojos bullendo.
Demàs de eſto, guſta mi ama
de Comedias, y de verſos,
que es otra mala ſeñal;
pues parecidos afectos
ſe buſcan allà en el alma
cierto oculto parenteſco.
Ella eſcribe papelicos,
y los lee, aunque no veo
quien los lleva, ni los trae;
porque algun diablo caſero
debiò de hacerles ſin duda
paſſadizo por los vientos,
por no pagar à criadas
de ſu regiſtro derechos.
Ella, tal vez afligida
eſtà, y ſi acaſo lo vemos,
embayna à medio ſuſpiro
la contera de un reſuello.
De tantas contradiciones,
con juſta razon infiero,
que tiene diablo, ò amor;
porque en el humano cuerpo
de uno, y otro, ſuelen ſer
parecidos los extremos.
Zerbin. Què dieſtra es la picarona!
puede de caſos como eſtos,
ſegun es la dueña, hacer
relacion en un Conſejo.
Ricardo. Mucho ha de ſentirlo el Rey,
ſi eſſa noticia le llevo,
que es Monarca, y es amante,
y con juſta razon temo,
ſi à un ofendido ſe junta
lo amante con lo ſobervio;
no quiſiera eſſa ſoſpecha
decirle. *Feniſa.* Pues tù, què rieſgo
tienes en decirle al Rey
lo que te ha mandado èl meſmo
que averigues? *Ricardo.* Ay Feniſa!
nada aborrecen tan preſto
los amantes poderoſos,
como à quien fue el inſtrumento
de que ſupieſſen ſu mal,
aunque fueſſen con buen zelo;
porque la ſoberanìa
juzga tanto atrevimiento
hacerle la ofenſa, como

de-

decirsela, y en su genio
les deshace aquella vana
fortuna que aprendieron,
que la dicha que imaginan
les borra de su concepto. *Vase.*
Fenisa. Muy moral està Ricardo,
y aun olvidadizo, puesto
que de valde se ha llevado
la noticia: mas què veo!
Esto tenemos aora? *Hacela señas Zerbin.*
señitas que yo no entiendo?
por cierto, que gusto yo
de vèr amantes gesteros. *Vase.*
Zerbin. Muda de una perlesìa
quedes tù, plegue à los Cielos:
què habladora de futuro!
aun el pronostico has hecho
de su intencion, y vendido
tus discursos por sucessos;
pero aqui viene mi amo. *Sale Enrique.*
Enrique. Decidme, fragrantes bellos,
purpureos astros floridos
de estos jardines amenos,
de quien el viento, à invisibles
alas sus auras moviendo,
el ambar libra en suspiros,
que esperezais en bostezos:
decidme, si por aqui
passò mi bien? mas ya advierto,
que me respondeis que no:
pues sus plantas este suelo,
à diluvios lo anegàran
de flores, que produxeron,
ni marchitàran sus ojos
las que brotaron sin ellos.
Zerbin. Ha señor! què soliloquio
es esse? *Enrique.* Preguntas, necio,
lo que no puedes dudar?
Zerbin. Còmo no puedo? sì puedo,
pues de tu soliloquear,
solo loquear comprehendo.
Enrique. Pues, Zerbin, todas mis dudas,
mis pesares, mis contentos,
retiros, y suspensiones,
pueden tener otro objeto,
que Juana? què me preguntas,
si de mì estoy tan ageno,
por no estàr sin ella en mì,
que absorto, mudo, y suspenso,
no hallando descanso el alma,
sin que tenga en sus afectos
por patria mi voluntad,
y su memoria por centro,
à los humanos discursos
me escondo en mis pensamientos?
ya que eres tù tan feliz,
que introducido te veo
en su casa ya: ay Zerbin,
y quièn para estarla viendo,
vivir pudiera en tus ojos!
Zerbin. Linda casa de aposento,
à no estàr junto à las nubes,
que llueven por este izquierdo;
mas no era malo el partido,
que al mirarla yo de lleno,
siendo terceras mis niñas,
estuvierais los dos dentro.
Enrique. Ya que tan feliz has sido,
à decirlo otra vez buelvo,
otra vez, y aun otras mil;
con embidia lo contemplo:
que estàs en su casa ya,
valido del fingimiento,
que hemos discurrido: dime,
què haveis hablado? *Zerbin.* Prometo,
señor, que aunque todo el dia
sus passos ande siguiendo,
no encuentro ocasion de hablarla,
segun la trae su respeto
de criadas assistida,
sino es al descuido, haciendo
las señas de aquella cifra,
que en mì se reparan menos,
que en otro, pues todo soy
señas, visages, y gestos;
y aunque queden las criadas
en alguna ocasion lexos,
porque el murmureo no escuchen,
à pronunciar no me atrevo,
como me tienen por mudo,
y solo à dar me resuelvo
tus papeles; y aun aora,
puesto que ocasion tenemos
de hablar, pues si viene alguno,
fuerza es en lo descubierto
de este Jardin verle antes,
y à nuestras señas bolviendo,
no advertirà que pronuncio,
co-

como no eſcuchen los ecos;
te he de decir, que Feniſa
es enemigo caſero,
y eſpìa del Rey, que à Ricardo
eſtaba aora diciendo,
que ſu ama eſtà enamorada,
ſegun vè por los efectos,
aunque no ſabe de quien.

Enrique. Pues por què no has ido luego
à aviſarſelo? *Zerbin.* Porque
en ſu tocador no puedo
entrar, y porque à Palacio
me embia, que el Rey, ſabiendo
que la Condeſa guſtaba
de mi humor, le hace el cortejo
de guſtar tambien de mì;
por lo qual, ſeñor, te ruego,
que aunque con ella te caſes,
no deſcubras el ſecreto
à nadie, de que sè hablar,
que perderè mi remedio,
ſegun lo que eſto me vale;
y en los gaſtos de eſtos tiempos,
no trueco ſer ſabandija,
por ſer hombre de provecho.

Enrique. Pues mira, entre algunas cifras,
que yo le he dado, me acuerdo
de una de flores, en que
de una flor ſolo leemos
la letra con que ſe empieza,
componiendo el alfabeto;
pues à ſu ſeña, alelì,
azàr, y aroma, ſirvieron
de explicar A, la vara
de Jeſsè, la B, ſiguiendo
la C, el clavèl, y todas
un ramillete compueſto,
poniendo à donde ſe empieza
à leer un junco en medio,
que al ramillete divida,
los renglones và tegiendo
en cada circulo el ſuyo;
y pues Jardines excelſos,
que en ſu variedad oſtentan
la grandeza de ſu dueño,
eſtàn ſiempre matizados
de flores de todos tiempos;
yo irè componiendo un ramo,
en que eſſe aviſo encubierto
vaya, y la miſma criada
ha de abrigar en ſu pecho,
llevandoſele à ſu ama,
el aſpid de ſu veneno.

Zerbin. Brava es la cifra, por Dios;
porque ſi mal no la entiendo,
haſta ocho, ò nueve renglones
ſe pueden embiar impreſſos
en un ramo à qualquier Dama,
ſin que ſea el embeleco
ſoſpechoſo, y mas aqui,
à donde el recato es menos
que en otras partes: mas dudo
que haya hallado tu deſvelo
para todas letras flores.

Enrique. Pues aguarda, que aqui tengo
la llave, y à tì, ni à otro
dexar eſſa duda quiero.

Lee. Aroma, azàr, azucena, alelì, y amaranto, de la *A*: la *B* la vara de Jeſsè, y la Bonina: la *C* el clavèl, el cinamomo, la citronela, y el caracolillo: la *D* la damaſquina, y flor de D. Diego: la *E* la eſcobilla de ambar, la eſpuela de cavallero: la *F* la filopendola: la *G* la gemela: la *H* el hiſopillo: la *I* el Jacinto, ſirviendole el jazmin para la *J* por ſer èſta caſi una letra: la *L* el lirio: la *M* la maravilla, moſqueta, y moſco greco: la *N* el narciſo, y el nardo: la *O* la flor de ojo de Chriſto: y la *P* penſies: la *R* la roſa: la *S* el ſandalo: la *T* el tulipàn: la *X*, y la Z no ſirven, con la *C* ſe explican: y la *V* la violeta; ſolo lo que no hay es, que, y ſe ſuplirà con poner en el ramillete una hoja de yerva oloroſa, donde quiera, que haya de decir que para unir la oracion.

Zerbin. Linda cifra; pero en tanto
que vàs, ſeñor, componiendo
tu ramillete hablador,
una objecion me reſuelvo
à preguntarte, que me hace
mil coſquillas acà dentro:
ſi ſon en la gran Bretaña
tan cercanos los dos Reynos
de Inglaterra, y Eſcocia,
y ſe profeſſan en ellos

el

el Arte de la Pintura,
con tan excesivo aprecio,
que de Flandes, y de Italia
hacen conducir los lienzos
de los mayores Pintores,
quando tù llegues à serlo
del Rey, y tan celebrado:
còmo, dime, los mas diestros
de Escocia, no han adquirido
una obra tuya, en que temo,
que si la mano conocen,
por ella seas descubierto?

Enrique. Muchas soluciones hay
à la objecion que me has puesto.
La primera son las guerras,
que embarazan el comercio:
es la segunda, que yo
esta habilidad no exerzo,
sino en Palacio, de donde
no es facil salir tan presto
ningun lienzo à otras Provincias:
la tercera, que advirtiendo
esse inconveniente mismo,
prevenido esse sucesso,
mudo colores, y estilo;
y quando hiciessen cotejo,
no diràn que soy yo propio,
sino que à mì me parezco:
mas vete, que àzia aqui viene
Fenisa. *Zerbin.* Pues yo me ausento,
porque perderè el metal
de los doblones que adquiero,
si sabe èsta, ni otro alguno
el metal de voz que tengo. *Vase.*

Sale Fenisa.

Fenisa. Señor Enrique? *Enrique.* Fenisa?
Fenisa. Tan solo aqui? *Enriq.* Divirtiendo
estaba la soledad
de estos pensibles hiblèos
con las estrañas acciones
del mudo. *Fenisa.* Es raro sugeto,
yo no sè por què mi ama
gusta de èl, que no le encuentro
gracias: flores cogeis?

Enrique. Quexosas las considero
de no haver en las mexillas,
y frente de vuestro dueño
encendido sus matices,
ò càndidos, ò sangrientos;
y asi, pues se està tocando,
que vos la digais os ruego,
que este ramo, que mis manos
artificiosas tegieron,
de las flores que la Aurora
vertiò del càndido ceño,
ù de los dorados rizos
al destrenzar su cabello,
que se esparciò el ser en ondas,
risa, y tempestad del viento:
lleguè à encender en sus ojos
sus flores, porque luceros
de nacar aprendan rayos
de la esfera de su pecho.

Fenisa. Y es à mi ama, ò à Enriqueta?
porque exponerme no quiero
à errar quizà la embaxada.

Enrique. Es para quien os le ofrezco
la Condesa mi señora
de Salisburg: ya con esto
no podreis equivocaros,
y que es necessario creo
distinguirla, porque juzgo,
que servìs à dos à un tiempo. *Vase.*

Fenisa. Mosca le diò la pregunta:
quise averiguar el cuento,
que Nise me contò, y èl
se ha recatado de cuerdo:
què tenga yo este mal vicio!
à mì què me và en saberlo,
si nada Enriqueta toca
al Rey, de quien yo professo
ser espìa; pues aun quando
le llevaba su denuedo
à la campaña, à Ricardo
dexò en Londres à este efecto?
pero aqui vienen mis amas,
ojo à la vista, y silencio.

Salen Juana, Milardi, Nise, y Morgàn.

Milardi. Esto, prima, he de deberte.
Juana. Una cosa es mi cordura
el estrañar tu locura,
y otra es obedecerte:
porque, dime, en un Pintor,
particular Cavallero,
què puede haver (dolor fiero!) *ap*
que sea digno de amor?

Milardi. El amor, aunque ha fundado
su imperio en su tiranìa,

iguala en su monarquìa
los meritos al estado:
ni èl atiende à la nobleza,
ni à grandeza, aunque mas hables,
que de las prendas loables
fabrìca allà su grandeza.
En su imperio singular
à ningun Monarca cede;
y què Rey es quien no puede
ya abatir, y ya elevar?
Sus prendas considerè,
su gala, y talle advertì,
quizà noble le creì,
porque yo lo deseè.
Miente con tal frenesì
el deseo lisongero,
que se engañò à sì primero,
y me engañò luego à mì.
El, en fin, con mi grandeza
se escusa, y con su humildad,
haciendo con falsedad
veneracion la tibieza:
pero de mì conocida
su nobleza fue en su modo,
que no puede estàr del todo
una gran alma escondida.
Mi sospecha confirmò
todo lo que me ha contado
de sus cosas el criado,
pues me dixo::- *Morg.* Aqui entro yo;
y aunque ando tan aturdido,
que en nada es bien que me meta,
porque anda un diablo estafeta
entre mi voz, y su oìdo:
y tan diablo, que à estirones,
si parlo lo que aconsejas,
ò trae acà sus orejas,
ò lleva allà mis razones.
Si es que vàs à referir
lo que yo te revelè,
un nuevo gusto tendrè
en bolvertelo à decir;
que aunque se sigue el medrar,
enriquecer, y lucir,
no sè quien puede servir
à donde no hay que parlar.
Contè, que ocultas tenìa
joyas de precio excessivo,
que lo que ha que con èl vivo,
mil señales en èl vìa
de una incognita nobleza;
en el modo, en el mandar,
en reñir sin ultrajar,
en romperme la cabeza
con una gran seriedad,
en sentir con suspension,
dando rasgos cada accion
de una oculta gravedad;
que puso de la alta cuna
la naturaleza rara,
un caràcter en la cara,
que no borra la fortuna.
El lo esconde, y aunque digo,
que por mi suerte infelice
todo el diablo se lo dice,
yo no puedo mas conmigo,
y và en la complexion mia;
porque, señora, en efecto,
de lo recio de un secreto
me diera una apoplegìa,
à no ser que en mis enredos
el Cielo me quiso dar
facilidad de arrojar,
aun sin meterme los dedos.
Ya dixe, y oy no es penosa
su venganza, aunque llegasse,
y si aora me matasse,
no me queda acà otra cosa.
Sintiera en mi suerte ingrata
no hablar en mi muerte; pero
si es que con mi habla muero,
yo parlarè que èl me mata.
Fenisa. Pues ustè otra muger tome,
que casar no me conviene
con un criado, que tiene
mala ley al pan que come:
ni me hable mas en su vida,
ni haya miedo que le quiera:
para mi natural era
essa muy buena partida.
Morgàn. Criada eres, y has de ser
como yo. *Fenisa.* No hay que tratar.
Morgàn. Como no pierda el hablar,
pierda quanto hay que perder.
Juana. Què mandas, pues?
Milardi. Que por mì
no se enoje tu amistad,
de que con mas libertad

pue-

pueda Enrique entrar aqui.
No son mis intentos vanos,
puesto que en nuestra nacion
poco reparables son
visitas de Cortesanos;
y menos lo seràn de èl,
à cuya introduccion ya
tan grandes disculpas dà
lo valiente del pincèl;
y aunque al discurso se ofrece
reparo en la libertad,
la misma desigualdad
las sospechas desvanece.

Juana. Desde que esse hombre acabò
de pintar la galerìa
de la Quinta, y desde el dia,
que el Rey en Londres entrò,
no le he hablado, y enfadada
en este Jardin le vì,
aunque tù sabes que aqui
jamàs se niega la entrada
en jardines à ninguno.

Milardi. Por què con èl tanto enfado?

Juana. Desde aquel riesgo passado
le miro como importuno.

Milardi. Pues no te diò su valor
vida en sus passos veloces?

Juana. Ay prima! aora conoces
quanto cansa un acreedor?

Milardi. Yo que nunca le debì,
con gusto viendole estoy.

Juana. Yo prometo, que desde oy
gustarè de èl, mas por tì
su entrada permitirè,
como con èl te declares:
le hablaràs quando gustàres,
y aun yo por tì le hablarè,
llegandose à declarar
con todos, que es por tì todo,
porque yo halle de esse modo
linda traza de pagar.

Milardi. Dios te guarde, que al jardin
vendrà, y yo le pienso hablar,
porque le quiero mandar,
que entre por mì en el festin. *Vase.*

Fenisa. El por el Jardin venìa,
donde me dixo turbado,
que en èl, para tu tocado,
de todas flores tegìa
este ramillete, que
con mil conceptos me diò.

Juana. Con un junco dividiò *ap.*
sus renglones, yo verè
si es la cifra, èl se ha de hallar
con muy mala recompensa,
que està engañado, si piensa,
que à Enriqueta le he de dar.

Morgàn. Yo sì que se lo dirè:
gracias à Dios, que hallè ya
que contar. *Fenisa.* No hay ba, ba, ya
con el Morgàn. *Morgàn.* Y por què?

Fenisa. Por hablador. *Morgàn.* Y podràs
dexarme? *Fenisa.* Si, que soy cuerda.

Morgàn. Como yo el hablar no pierda,
pierda todo lo demàs.

Juana. Que tù estàs enamorada, *Leyendo.*
aunque de quien ignorò,
con Ricardo al Rey embiò
à decir essa criada.

Fenisa. Mil bueltas al ramo dà,
y me mira, y me remira;
ya se acerca, y se retira:
valgame Dios! què serà?

Juana. Fenisa. *Fenisa.* Señora mia?

Juana. Ponme este ramo. *Fenisa.* Si harè,
dònde? *Juana.* Traidora, à la fè
faltas de criada mia?

Fenisa. Yo, señora?

Morgàn. Què le ha dado?

Fenisa. En què mi ley desagrada?

Juana. Que yo estoy enamorada
à Ricardo le has contado.

Fenisa. Jesus mil veces! hechizo
trae el ramo entre los dos.

Morgàn. Còmo es esto? vive Dios,
que este diablo es pegadizo.

Fenisa. Ay què me mata!

Morgàn. Usted tome
marido, que no conviene
muger para mì, que tiene
mala ley al pan que come.

Fenisa. Si tù de aqui no faltaste,
còmo saberlo pudiste?

Morgàn. Tambien ustè ignora el chiste?

Juana. Yo te harè::- *Fenisa.* El enojo baste,
que no hablarè mas. *Juana.* Preciso
es no darme mas à entender:
yo el ramo bolverè à hacer,

y embiarè en èl otro aviso. *Vase.*
Morgàn. Ni me hable mas en su vida,
ni haya miedo que le quiera;
para mi natural era
essa muy buena partida.
Fenisa. Aqui anda el diablo sin duda.
Morgàn. Lo mismo, amiga, he pensado:
quièn pudiera ser callado!
Fenisa. Hà, quièn pudiera ser muda!
Morgàn. Traeme, en alhajas dotales,
chismes, quando nos casemos.
Fenisa. Si, pero los partirèmos,
como chismes gananciales.
Morgàn. Puesto que à parlar me enseñas,
y à atisbar mil desatinos,
en tì he de engendrar vecinos.
Fenisa. Y yo de tì parir dueñas. *Vanse.*
Sale el Duque. Pues me permite la entrada
al hermoso ameno sitio,
esfera verde de tantos
caducos astros floridos,
que la noche apaga en sombras,
y la Aurora enciende en visos:
pues me permite la entrada
sin nota el comun estilo,
no solo vengo à beber
con los ojos el hechizo,
que inficionandome el alma,
me deleita los sentidos,
sino à quexarme à estas flores,
que à lo ardiente del gemido,
quantas producen sus plantas
agotaràn mis suspiros.
El Conde de Salisburg,
padre de Juana, y mi tio,
la ordenò en su testamento,
que se casasse conmigo,
no solo por conveniencias
de ser mi estado tan rico,
sino por bolver su casa
(quedando en hembra) al antiguo
blason de su Baronìa,
que respetaron los siglos,
conservando su ascendencia
en mi casa, y apellido.
Juana:: - ay amor! que al nombrarla,
el corazon à latidos,
embiado de los labios,
del pecho se me ha movido,
à beber, siquiera en ecos,
de su nombre el desperdicio.
Juana repugna estas bodas,
sin manifestar motivos,
mas que una adversion del Rey,
(con què dolor lo repito!)
pues aun de ignorarlo, no
puedo fingirme el alivio,
quando està, à lo que discurro,
desmintiendo lo que miro.
El Rey à Juana festeja,
y aunque hasta aqui no hemos visto
mas que aquel amor, que es gala,
y mas que eleccion capricho;
pues solo en pùblicos actos,
donde es empeño preciso
festejar à alguna Dama,
su afecto se ha conocido,
sin extremo que desdiga
de su Real ànimo invicto,
y sin que ella de este coto
el limite haya excedido.
Con todo esso, es un zeloso
inventor de sus martirios;
pues en mi imaginacion,
produciendome infinitos,
lo que no deseo espero,
y lo que mas temo finjo:
à vèr buelvo:: - aqui està Enrique.
Sale Enrique. De su vista me retiro,
por no encontrar en sus ojos
mis zelos. **Duque.** Enrique amigo,
por què de mì te retiras?
Enrique. Porque viendoos divertido
con vuestra imaginacion,
mi veneracion no quiso,
que arrebate lo ruidoso
el gusto à lo suspendido.
Duque. Antes te he buscado yo,
que una pretension contigo
he de hacer. **Enrique.** Vos pretension?
Duque. Ya sabes quanto rendido
vivo al imposible bello,
al soberano prodigio
de Juana, de quien esposo
he de ser. **Enrique.** Cielos divinos!
havrà valor para verlo, *ap.*
en quien no le hay para oirlo?
Duque. Para engañar sus ausencias
ba-

bañar de luz determino
mis ojos, entre las sombras
de los rasgos coloridos
de su belleza; y assi un
retrato suyo te pido,
pues tan alto assunto no es
de menos pinceles digno:
su amante soy, y soy yo,
discreto eres, harto digo. *Vase.*
Enrique. A quièn, Cielos, pudo::-
Sale Ricardo. Enrique,
ya que antes de irme te he visto,
te quiero avisar, que el Rey,
que te dixesse me dixo,
que le lleves el retrato
de Juana, que te ha pedido,
y à Dios. *Vase.*
Enrique. A quièn pudo, Cielos::-
Sale Nise. Enrique, este laberinto,
buscandoos entre sus quadros,
he passeado, y he corrido:
Enriqueta mi señora,
me ha mandado preveniros,
que no os ausenteis sin verla:
ya mi embaxada he cumplido. *Vase.*
Enrique. Otro embarazo? *Sale Morgàn.*
Morgàn. Señor,
todo el dia ando perdido
en tu busca. *Enriq.* A muy buen tiempo
vendràs con tus desatinos,
para que te dè mil muertes.
Morgàn. Tantas? no podràs conmigo,
porque no soy cementerio,
ni caben en mi distrito,
y de una me sobra el tercio,
y tù no guardas el quinto.
Vive Dios, que aunque criado,
soy criado bien nacido,
y que aora no he parlado
para que me hagas hocico:
y este demonio embustero,
con resabios de vecino,
que con cosquillas de chismes
te anda escarbando el oìdo,
miente si algo te ha contado;
y pues me anda en cuentecillos,
salga este diablo, si es hombre,
que le reto, y desafio.
Enrique. Calla, sino quieres, que
todo el furor vengativo
contra tì rebiente. *Morgàn.* Ay Dios!
callo, que me ha confundido,
y me ha atado de la sangre
las palabras con un grito.
Enrique. A quièn pudo, Cielos, (otra,
y otras mil veces repito)
suceder en tantas penas
estàr à todas remisso,
confundiendo el sentimiento
lo vario de los motivos?
Pidiòme un retrato el Rey,
à cuyo poder resisto
en vano, y otro retrato
me pide desvanecido
el Duque: yo de mi Dama
he de entregar à otro arbitrio,
ni aun la sombra? yo poner
su copia en otro dominio,
producida de mi mano,
que diestra contra mì mismo,
mis mismos zelos me vaya
dibujando en lo que pinto,
creciendo mi estudio propio
la ofensa en lo parecido?
Mal haya la habilidad,
pues à su dueño ha vendido!
mal haya, amen, el disfràz!
y mal haya mi delirio,
que està aumentando en mi idèa
de mis males lo excessivo;
pues contra sì mismo, solo
de sus mismos desvarìos,
la idèa de un temeroso
và produciendo enemigos,
y con saber engendrarlos,
no es bastante à resistirlos.
Salen todas las Damas.
Juana. Aquì està Enrique.
Morgàn. Ay señores!
un Angel las ha traìdo,
que al verle entre sì furioso,
estaba yo tamañito,
sin que en mì mismo cupiesse,
con estàr tan encogido.
Milardi. Enrique? *Enrique.* Señora?
Milardi. Tanta
tibieza, y tanto retiro?
Enrique. No es tibieza, es suspension;
pues

pues con verdad os afirmo,
que el rato que fuera de eſtas
paredes eſtoy, no vivo.

Juana. Aunque lo dice por mì, *ap.*
mal mis ſoſpechas reſiſto,
porque aun les duele à mis zelos
de Enriqueta en los oìdos,
aquella falſa alegrìa
con que ſe engaña de oìrlos.
Enrique, ya declarado
me alegra el ſaber que os ſirvo
en eſto; y ſi eſte ramo
me embiaſteis, con el deſignio
de que à mi prima le dieſſe,
ſegun de eſte amor colijo,
os le buelvo, porque vos
darſele podais mas fino,
pues sè que de vueſtra mano
tambien quedarà admitido.

Enrique. El miſmo es que yo la dì.

Juana. Tomadle: ha falſo! *ap.*

Dale el ramo.

Enrique. Ay bien mio! *ap.*
pues me le buelve, ſin duda,
que buelve ya reſpondido:
al deſcuido he de leerle.

Morgàn. Temblando los aires miro,
por ſi anda aqui eſte demonio,
y por ſi al tiento le pillo.

Lee Enrique. Tambien que tù tienes joyas,
con otros muchos indicios
de tu nobleza, à Enriqueta
eſſe criado la dixo.

Morgàn. Otra miradita? *Milardi.* Enrique,
una coſa he de pediros,
y es que declareis quien ſois,
que por muy cierto he ſabido,
que ſois mas que pareceis.

Enrique. Si creeis lo que os ha dicho
eſte picaro, de que
tengo joyas::- *Morgàn.* Jeſu-Chriſto!

Enrique. Y de otras locuras, que
inventan ſus deſatinos,
què culpa, ſeñora, tengo?
un Pintòr Flamenco he ſido
de moderada nobleza.

Morgàn. Eſte demonio anda liſto:
yo guarnecerè de Cruces
orejas, boca, y veſtido.

Feniſa. Valgame Dios! eſte ramo *ap.*
tiene diablo. *Enrique.* No me anìmo,
ſeñora, à darosle, haviendo
ya de otra mano venido,
que en vos no puede ſer prenda
lo que en otra es deſperdicio.

Juana. Bien ſe ha eſcuſado de darle.

Milardi. Eſta noche prevenido
pùblico feſtin tenemos,
porque aun dura el regocijo
de la victoria del Rey,
y en bailetes le aplaudimos
todas las ſeñoras: vos
vendreis à èl, que yo os combido.

Enrique. Si harè, pues vos lo mandais.
Juana con el abanico *ap.*
me ha dicho, que tiene zelos:
aſſegurate, bien mio,
dirè en la cara, y el pelo.

Paſſa la mano por la cara, y toca las ondas de la cabellera.

Juana. Mal mis ſoſpechas reprimo,
pues traigo al pecho corbata,
y aora es uſo, y ha ſido
de querer el galàn, ſeña
la corbata, y el bobillo
ſeña de querer la dama.

La oreja, el abanico, la cabeza, la corbata, la barba, el bobillo con el dedo indice.

Aſsi verè ſi me explico:
no los tengo de que quieres,
ſino de que eres querido.

Enrique. Que no los tiene, de que
yo quiera, juzgo que dixo,
ſino de que à mì me quieran:
yo tengo tambien los miſmos
del Duque, y del Rey dirè.

Con el dedo indice, y la pluma del ſombrero, la manga, y frente.

Juana. Los tuyos ſon deſvarìos
dirè. *La mano por la cara èl, y ella.*

Enrique. Y los tuyos tambien:
yo te adoro.

Con el dedo indice, y luego con el del corazon toca la corbata, ella ſeñala el del corazon, y toca con el indice el bobillo.

Juana. Yo te eſtimo.

Niſe. Què ſilencio ſerà eſte,
que à todos ha ſuſpendido?

Sale

Sale Ricardo.

Ricard. El Rey, señoras, ha entrado
aora al jardin, porque vino
à vèr el festin, y aguarda.
Milardi. Vamos: Enrique, advertido
quedais. *Enrique.* Si señora.
Juana. Enrique,
à Dios. *Vanse las Damas.*
Ricard. Enrique, à pediros
buelvo tambien el retrato,
si està ya acabado. *Morgàn.* Oìdos,
que tal oyen. *Enrique.* Ya lo està.
Apelar serà preciso, *ap.*
pues me aprietan, à la industria
de que vine prevenido.
Ya lo està, y corrido yo
tambien de lo mal que sirvo,
pues no acierto lo que importa,
pension es de mi exercicio:
este el retrato es de Juana.

Sale el Duque.

Duque. Retrato de Juana he oìdo,
y nadie à mi vista puede
llevarle, sin que mis filos
castiguen su atrevimiento.
Enrique. Quede el retrato conmigo *ap.*
por lo que importàre. *Ricard.* Pues
què intentas? *Duque.* Dar el castigo
à quien intenta en mi ofensa
llevarle; y no me irrito
con esse pobre Pintòr,
porque en fin havrà atendido,
mas que à otro particular,
al interès de su oficio.
Enrique. Qualquiera que imaginàre,
que cabe en mi genio altivo
mandarse del interès,
ni que puede mi capricho
dar retrato de esta Dama,
sino à quien me lo ha pedido,
se engaña; y pues tan bizarro
muestra Vuecelencia el brio,
el retrato està en mi mano;
y aunque por tan abatido
me tiene, si ha de cobrarle,
no es à proposito el sitio.
Ricard. Enrique, què es esto? al Duque
respondeis tan atrevido?
Enrique. Al Duque, y à vos.
Morgàn. El otro,
lo mismo es que un torbellino.
Duque. Dexadme darle la muerte.
Ricard. Esso no, que si le riño,
fue porque os perdiò el decoro,
mas no porque no me animo
à defenderle, supuesto,
que aquel retrato se hizo
por mì. *Duque.* Pues en vos, y en èl
à vengar mi ofensa aspiro. *Riñen.*
Enrique. Detenèos, que Ricardo
se engaña: el retrato es mio,
y hecho para mì; quien quiera
cobrarle riña conmigo,
pues que yo soy dueño de èl.
Duque. Hombre, has perdido el juicio?
Morgàn. El diablo del hombre piensa, *ap.*
que de todas es querido.
Duque. Muere à mi acero.
Ricard. Esso no.
Enrique. No teneis que preveniros
à mi defensa, que yo
assi à un tiempo me despico
de los dos. *Riñen todos.*
Ricard. Tenèos.

Salen el Rey, todas las Damas, y Zerbin.

Rey. Què es esto?
Juana. Cielos, què havrà sucedido!
Rey. Còmo se pierde el respeto,
no solo al sagrado digno
de esta casa, sino à tiempo,
que yo dentro de ella assisto?
vive Dios::- *Duque.* Señor::-
Enrique. Señor::-
Rey. Què fue el caso? referidlo,
antes que el mismo silencio
sirva tambien de delito.
Ricard. Fuerza es; pues que temerario
se arrojò à tanto peligro,
yo, señor, te lo dirè:
Enrique, haviendo traìdo
el retrato que mandasteis,
me le daba, quando vino
el Duque, y oyendo el nombre,
irritò lo vengativo
contra Enrique; en su defensa
me opuse, y::-
Morgàn. Hay hombre maligno!
calla, no lo digas todo.

Fenisa.

Fenisa. Pues què sientes?
Morgàn. Esso es lindo:
que salen todos à verlo,
y no queda à quien decirlo.
Duque. Para el Rey era el retrato! *ap.*
Milardi. Del susto apenas respiro.
Rey. Mostradme, Enrique, el retrato,
porque en haviendo sabido,
que yo me quedo con èl,
nadie tendrà que pediros.
Enrique. Turbado llego: señor,
aqui està. *Dale el retrato.*
Rey. Deidad, què miro?
este no es el que os pedì.
Juana. Que es mi retrato imagino *ap.*
el que le dà. *Enrique.* El es, señor.
Rey. En toda mi vida he visto
mas desemejante cosa:
menester era artificio
para que tù errasses tanto,
ò te ha dado algun delirio,
pues un retrato me traes,
ni hermoso, ni parecido.
Enrique. No pude mas. *Rey.* Còmo no?
quando en este arte no ha havido
mas destreza que la tuya.
Enrique. Disculpeme lo infinito
de la hermosura de tal
original, si averiguo,
que de parecerse à ella,
tan distante, señor, miro
lo feo, como lo hermoso:
y no estrañeis, que indeciso
hacer otro semejante
el arte no haya podido,
quando aun la naturaleza,
en tan dilatados siglos,
no supo producir otro
sugeto tan peregrino?
Rey. Buena es la disculpa; pero
mas huviera yo querido
la obediencia: haced, Ricardo,
pagar à Enrique, à quien libro
seis mil ducados de plata,
porque confesò rendido
su acierto à las perfecciones
de tan singular prodigio,
y porque en fin, fui yo quien
lo mandò, y es muy distinto,
que yerre èl, ò yo no premie;
puesto que el estudio mismo
le costò el hacerlo errado,
que el haverlo conseguido:
pero advertid, que de oy mas,
que à pintar bolvais os privo
esta belleza, y la copia
en atomos reducidos *Rompela.*
entrego al aire, porque
quando ser retrato quiso,
solo fue de su hermosura
un agravio colorido;
y de què sirve el primor,
que no acierta en mi servicio?
Vamos al festin: vos, Duque,
quedad tambien advertido
de que Enrique me obedece,
aunque no acierta, y que embio
la copia al aire, del aire
cobrad vos los desperdicios.
Ay de mì! pues que zeloso, *ap.*
sin saber con quien me irrito,
lo que me contò Ricardo
me trae fuera de sentido.
Vase con Ricardo.
Milardi. Vamos, que el Rey nos espera.
Vase con Nise.
Juana. Ay de mì! quanto me aflijo,
pues quanto es en mi belleza,
es en mi Enrique peligro.
Vase con Fenisa.
Duque. Ay infeliz! que en agravios
mis zelos se han convertido. *Vase.*
Enrique. Y ay infeliz! que pendiente
de los ceños del destino,
que persuade voluntario
à lo que influye preciso,
mi vida està respirando
por alientos parasismos. *Vase.*
Morgàn. Mudo, oye lo que ha passado,
pues que todos lo han sabido:
mi amo, y el Duque han reñido,
sobre quien le havia mandado
hacer un retrato; pero
entrò la misericordia,
porque en caso de discordia
llegò el Rey à ser tercero.
Valgame Dios! descansado
ha quedado mi capricho;

si aqui no lo huviera dicho,
huviera ya rebentado. *Vase.*

Zerbin. Pues tan hablador te noto,
quando tu secreto apuro,
anda, que yo te asseguro,
que no ha dado en saco roto;
y menos riesgos huviera,
si en la materia mas grave
el hablador lo que sabe
solo à los mudos dixera.

Suena Musica, à cuyo compàs salen todos los Galanes, y las Damas con mascarillas, danzando, y danse las manos.

Musica. El viento todo es dulce,
quando su esfera rompen
de dulces consonancias
las clausulas acordes,
y los triunfos invictos,
que la fama pregone
se vierten à la esfera,
no cabiendo en el Orbe.

Rey. Què importa, amor, que esta mano
de esperanzas me corone,
si otro con Juana es felice?

Milardi. Amor, què importa que logre
la mano de Enrique, viendo
su tibieza en mis ardores?

Musica. El viento todo es dulce, &c.

Al dar la buelta se le cae una liga à Juana, cogenla el Duque, y Enrique, y el Rey se la quita.

Duque. Suya es la liga.

Enrique. Esta liga
es suya. *Rey.* Nadie la toque:
de Dama que và conmigo,
hay ninguno que se arroje
à alzar descuidos? *Los dos.* El Rey.

Rey. No hagais que mi incendio brote,
seais quien fuereis. *Juana.* O mal haya
descuido que en tal me pone!
pero negarè que es mia.

Penisa. Y haràs muy bien, si conoces
la gran flojedad que arguyen
descuidos tan interiores.

Cogela el Rey con un lienzo, y se la pone al cuello.

Rey. Assi se toma esta prenda,
y assi es bien que se coloque,
dandola el mayor aprecio:
mas què es aquello? *Dentro voces.*

Duque. Son voces
del Pueblo, que està presente,
que como quien sois ignore,
la accion, señor, ha estrañado,
de vèr que se ciñe un hombre
al cuello una liga. *Rey.* Pues
aleves, viles, traidores,
conocedme, que yo soy, *Descubrese.*
yo soy, y temed que aborte
del pecho el bolcàn centellas,
si irritais mas mis furores.
Yo soy vuestro Rey, aquel
à quien en mil ocasiones,
de lides vencedor siempre
de enemigos tan feroces,
le coronaron de Dafne
los siempre castos verdores:
què quereis, que mis hazañas
esta terneza desdore?
pues quien no estimò mugeres,
quàndo supo vencer hombres?
Hizo la naturaleza
en la fabrica del Orbe
algun prodigio mas lleno
de admirables perfecciones,
que la muger? hay especie
en quien tal delicia gocen
los hombres en sus asseos,
sus caricias, sus amores?
Pues, barbaros, què estrañais,
que la atencion las adore,
que los hombres las veneren,
y los Monarcas las honren?
Juzgais indigno de un Rey,
que à la hermosura se postre?
Quièn dà à la nobleza leyes
sino el centro de lo noble?
Si hombres son tambien los Reyes,
què mejor modo disponen
de haceros comunicable
lo que tienen de conforme?
Que el rendimiento à las Damas,
en cuyas adoraciones,
sin perder lo soberano,
su humano sèr reconocen.
Pero para que os enseñe
con quantas estimaciones
el descuido de una Dama

debe ser tratado, oye
lo que dispone tu Rey:
Nobleza, y Plebe de Londres,
de esta liga os instituyo
un nuevo Militar Orden
de Cavallerìa, que
la Jarretiera se nombre,
por la liga, dedicado
à nuestro Patron San Jorge.
Sea un instituto suyo,
entre otras constituciones,
despues de las generales,
que la Religion apoyen,
la defensa de las Damas,
servirlas con màs primores,
y no consentir jamàs,
que ninguno las baldone,
aunque le cueste la vida,
que à sus obsequios se expone.
Toyson ha de ser de todos
los Reyes mis successores,
pendiente al cuello esta liga,
que à trechos siembren, y adornen
las rosas, que à Inglaterra
dieron antiguos blasones.
Una lamina estarà
pendiente en ella de un broche,
donde San Jorge à cavallo
se verà; y porque no noten,
que en el dueño de esta prenda
(sea quien sea) hay mas razones
de estimarla, que el ser Dama,
dirà en su circuito un mote:
infame es quien piensa mal:
y à ninguno mas se otorgue,
que à los Grandes de mi Reyno,
los Duques, y los Milordes;
pues de Eduardo Tercero
la fama publìca à voces
con esta Religion, quanto
diò à la hermosura de honores.
Y tù, ingrato dueño mio, *ap.*
en mis extremos conoce
quien trata asi tus descuidos,
què hiciera con tus favores? *Vase.*

Todos. El Rey Eduardo viva,
vencedor de vencedores.

Ricardo. O còmo le aclama el Pueblo!

Milardi. Digno elogio es de su nombre.

Fenisa. Que yo traxesse tan fuertes
mis ligas! *Vase.*

Juana. Amor, el golpe
suspende, pues contra Enrique
son demàs estas traiciones. *Vase.*

Duque. Cielos, pues ya son agravios,
sed tòsigo que me ahogue. *Vase.*

Enrique. Amor, si no hay en mi pecho
lugar para tus harpones,
dexa à los zelos la saña
de sus injustos rigores,
pues no hay vida en que se empleen,
el arco à la cuerda aflojen.

JORNADA TERCERA.

Salen Fenisa, y Morgàn lleno de Cruces el vestido, y una en la mano.

Fen. Morgàn, què es esto? què te ha sucedido?
què has hecho Via-Sacra tu vestido?

Morg. Hija, cada pobrete, aunque Lacayo,
puede hacer un calvario de su sayo:
no ha de llegar à mì, si es que yo puedo,
aquel diablo à quien tengo tanto miedo;
pues porque mi amo contra mì se enoje,
quantas palabras se me caen recoge,
y aunque estamos los dos muy divididos,
al punto las trasplanta en sus oìdos.

Fenisa. Lo mismo me sucede, ello por ello,
con mi ama: pendiente de un cabello
traigo, Morgàn, la vida.

Morgàn. Pues si acaso han tenido
los dos amos un diablo parecido,
yo temo que los dos::-

Fenisa. Yo lo he pensado;
pero trae galantèo declarado
tu amo con Enriqueta?

Morgàn. Ay quien tal crea!
no la puede tragar.

Fenisa. Aunque esso sea,
mi ama no gusta de èl, ni verle puede,
y enfadarse mil veces le sucede,
de que Enriqueta le haya introducido
tanto en casa; demàs, que yo he sabido,
que ella està enamorada,
y al tal galàn de noche le dà entrada,
ò habla con èl, y aquesto lo barrunto,
porque estas noches, no de todo punto
des-

desnudarse ha dexado,
y del quarto las puertas ha cerrado
para que no azechemos. (mos?
Morg. Mire usted, y esta es la que hace extre-
de creerlas no trato,
no hay mayor alcahuete, que el recato.
Fenis. Temblando toda estoy como azogado,
que este chisme à Ricardo le he contado,
y que lo sepa luego ella no dudo.
Morgàn. Quièn estaba delante?
Fenisa. Solo el mudo.
Morg. Pues còmo ha de saberlo de esse modo?
Fenisa. Como esse diablo se lo dice todo.
Morgàn. Oy vengo yo seguro,
pues mis cruces le sirven de conjuro;
à Enriqueta le traigo un chisme bravo,
que en este instante de saber acabo,
y por no perder el ocio,
amiga, cada qual à su negocio.
Mi amo à tu ama embia
este libro de versos que tenia,
en que estas noches divertirse pueda,
que si èste no le gusta, otro le queda,
dice tambien. *Fenis.* Sin duda le ha pedido
ella, pues tantos libros ha leìdo,
que en casa no le quedan mas aora:
muerta và por leer versos la señora;
pero si es que mi flema no te enoja,
todo el libro he de vèr hoja por hoja,
porque quizà no oculte algun villete,
que escarmentada estoy del ramillete.
Morg. Bien haces, que yo un hombre conocìa,
que un papel escondìa
en el hueco que atràs el pergamino
hace al abrir el libro.
Fenisa. No imagino,
que haya reparable nada
en èl, sino es tal qual hoja doblada.
Morgàn. Seràn apuntamientos
de los versos notables. *Fenis.* Mil tormentos
nos cuesta cada cosa que hablamos.
Morg. Es q̃ hablã con el diablo nuestros amos;
pero no hay gente, si es que lo examinas,
mas noble, que habladores, y gallinas.
Fenis. De què lo infieren tus estraños modos?
Morg. De que es gente, q̃ piensa bien de todos:
mira, del que es ladron, el refràn cuenta,
que de todos lo piensa, pues su afrenta
consuela assi consigo; el Cavallero
mas cabal, y cortès, siempre severo,
piensa que nadie llega à su zapato;
que sabe mas que el otro, el mentecato;
piensa el q̃ es bravo, aunq̃ nadie se le rinda,
que à todos se los traga como guinda;
temeroso el cobarde solamente,
à todo el mundo tiene por valiente;
el hablador, en serlo confiado,
à qualquier hombre tiene por callado,
pues de èl fiar intenta,
y aun lo que tiene gran peligro cuenta,
creyendo hidalgamente, que qual mudo,
el otro callarà lo que èl no pudo.
Pues dì, si el pẽsar bien de otro es grandeza,
què gente puede haver de mas nobleza,
que gallinas, chismosos, y habladores,
que à los demàs los juzgan por mejores?
Fenisa. Ellas salen, retirate al momento.
Morg. No, que para Enriqueta traigo cuento.

Salen Juana, y Milardi Enriqueta.

Milardi. En este estado me hallo,
considera, prima mia,
quando con sus rendimientos
de mis ansias se retira,
quàntas veces mi eleccion
con mi grandeza se irrita?
Juana. Miren à què alma tan tierna *ap.*
se quexa la pobrecita!
Milard. Què dices? *Juana.* Quànto mi afecto
de tu pena se lastima.
Milardi. De tì lo creo.
Juana. Bien puedes,
que soy yo muy compassiva.
Fenisa. Este libro, con Morgàn
aora Enrique te embia.
Juana. Serà el que yo le pedì.
En èl viene alguna cifra, *ap.*
para escribir ingeniosa;
pues en un libro se mira,
que hay palabras para todo
quanto quisieren que diga
un papel, y à la que quiere
que hable conmigo, de tinta,
como que cayò al descuido,
le pone una tilde encima,
y entresacando palabras
de tantas hojas distintas,
que son las que trae dobladas,
para nuestro intento unidas,
vàn

vàn formando otra razon:
las letras grandes explican
tambien de esta farsa todas
las personas conocidas,
como la R grande al Rey,
la D, el Duque significa;
y asi todas las demàs,
que de puntos se salpican,
con que puede uno, ò mas libros,
ir, y venir sin malicia.
Como que sus versos leo,
quiero vèr lo que me avisa,
juntando palabras sueltas.
Milardi. Morgàn, por què te desvìas?
Morgàn. Porque quiero hablarte à parte.
Milardi. Dì, pues està divertida
Juana en el libro.
Lee Juana. Mi bien,
mucho el temor me fatiga
de lo feliz que me has hecho,
con permitir mis visitas
de noche, que la fortuna,
para dispertar su embidia,
no halla en los amantes mas
enemigo, que la dicha.
Fenisa. Esso es leer, ù hojear?
pues passando tan aprisa
las hojas vàs. *Milardi.* Què me cuentas?
Morgàn. Lo que vieron estas niñas,
que son niñas de mis ojos,
parleras de quanto atisban.
Lee Juana. Digalo el que nuestro mudo
oy escuchò, que Fenisa
contando estaba à Ricardo::-
Fenisa. Valgame Dios! que me mira:
por aqui anda ya el diablo,
toda el alma me tirita.
Lee Juana. Que tù, mi cielo, estas noches
te havias quedado vestida,
y que con un hombre hablabas,
que ella en fin no conocia:
mira còmo estarà el Rey,
y còmo estarà mi vida;
ya no hay mas hojas dobladas.
Hà Cielos! que en su familia
alimente una à su costa
sus mayores enemigas!
Fenisa. Què es lo que sientes, señora?
Juana. Vèn acà, à quièn le decìas
oy, que hablo yo con un hombre
de noche à deshora? *Fenisa.* Chispas
y esso hojeabas? *Juana.* Vive el Cielo,
traidora, vil, mal nacida,
que has de morir à mis manos.
Fenisa. Que mis pies no lo permitan
he menester: à encerrarme
voy, huyendo de sus iras:
las hojas dobladas hablan?
aqui hay gran hechicerìa. *Vase.*
Juana. Con la vida ha de pagar
sus traiciones. *Milardi.* Oye, prima,
mis dichas, pues tu amistad
de ellas tanto participa,
que hasta que tù las aplaudas,
no puedo llamarlas mias.
Juana. Pues què hay de nuevo?
Milardi. Morgàn
dice, que Enrique tenia
sobre un bufete una carta,
à quien à responder iba:
quando pidiò de beber,
fuele à servir muy aprisà;
atento Morgàn entonces,
y entre tanto que bebia,
leyò acaso, que empezaba:
ya pudo mi amistad fina
sacarte perdon del Rey,
y luego passò à la firma,
en que hallò tu hermano el Conde,
sin que pudiesse su vista
comprender mas, porque Enrique
acabò de beber: mira
si fue cierto lo que acà,
la interior astrologìa
del pecho à ocultos presagios,
tan mudamente medìa,
que quanto palpita anuncia,
quanto pulsa vaticina:
toma, Morgàn, por la nueva
este relox en albricias,
que es lo que hallè mas à mano.
Juana. Venturosa es la noticia:
esto se và declarando, *ap.*
y este golpe necessita
reparo; à avisar à Enrique
quiero ir, en la forma misma
que èl me escribe: amor, no dexes
vencer tu soberanìa

de

de la fortuna, que adversa,
en tu imperio introducida,
para ser successor tuyo,
los triunfos tuyos te quita, *Vase.*

Milard. Toma el relox. *Morg.* No señora,
porque es tanta la hidalguìa
de mi natural parlero,
que tan solo al gusto aspira,
de aquel hablar por hablar,
que se malogra si pica
en interès, porque entonces
no es chisme, sino codicia:
con que me oigais me contento,
que el gusano me pellizca
de la conciencia acà dentro,
y conozco, que aunque diga
quanto sè, segun mi genio
en esto se engolosina,
no hago merito en que pueda
llevar alhaja tan rica;
y asi, el alma es lo primero.

Milardi. Toma, que en vano porfias.

Morgàn. Protesto, que tù me dàs
la alhaja, sin que yo pida
data de usura, sino
que es por galanterìa. *Toma el relox.*

Nise. Còmo el socarron le toma,
fingiendo con picardìa,
que le rehusa: Morgàn,
muestra. *Morgàn.* El es de campanilla,
y no de muestra. *Nise.* En mi mano
le quiero vèr. *Morgàn.* Yo en la mia,
que señala, mas no dà.

Nise. Pues què de mì no confias?

Morgàn. No, amiga; porque un relox
nunca fue alhaja de lindas,
que amenaza por minutos
la hermosura mas pulida,
como uno que passa, pues
darte asi no es bizarrìa,
quien à su costa en tu muelle
te està tassando la vida.

Milardi. Con una industria à escribirle
voy, dirè, que conocida
su persona està, y que el Conde
su hermano asi nos lo avisa:
puede ser que se declare
con esto: amor, no te rindas,
pues ya à mas noble eleccion
el influjo te destina. *Vanse.*

Salen el Rey, Ricardo, y Zerbin, el Rey con la liga, y la lamina.

Rey. Notable pena me has dado.

Zerbin. Aqui, orejas prevenidas,
os he menester mas largas,
que de un vecino que atisba.

Morg. El Rey viene, yo me escurro. *Vase.*

Rey. Què Juana de mì se olvida
por otro, y no por sì, Cielos!

Ricardo. Esto me contò Fenisa.

Rey. Y quièn juzgais tù que sea?

Sale Enrique. Mal descansa una fatiga,
pues vèr al Rey con Ricardo
mis sospechas resucitan;
y pues los sigue Zerbin,
èl me dirà por la cifra
à lo lejos quanto hablàren.

Ricardo. Señor, si es que mi malicia
se ha de creer, que es Enrique
juzgo. *Zerbin.* Tèn, lengua maldita,
que ya para lo que cortas,
en su garganta te afilas.

Rey. Un hombre particular
à tan alto assunto aspira?
y ella le admite? *Ricardo.* Señor,
esto mi discurso indicia:
no solo de la asistencia
à su casa tan continua,
sino de tan recio empeño,
como con el Duque hacìa
sobre aquel retrato, y vèr
que le errò. *Rey.* No me lo digas,
que desde entonces està
mi estimacion con èl tibia;
y no fue acaso el errarle,
no sacando parecida
la copia, quizà por zelos,
que de su mano tenia,
que otros pintan como quieren,
y èl no quiere como pinta.

Enrique. Què hablan Ricardo, y el Rey,
dirè à Zerbin, pues me mira.

Zerbin. Responderèle: Ricardo
Señala la cabeza, la boca, y la frente.
dice al Rey (aqui nos pringan)
como Juana, y tù os quereis.

Enrique. Puede haver mayor desdicha?
Ya todo se sabe. *Zerbin.* Y què:

Ha señalado el pecho, la boca, la frente, la cabeza, el dedo del corazon, el indice, y la corbata.

Valgame Dios! se me olvida,
què seña es la de la noche:
mas ya la sè, la mexilla;
y que ella de noche te habla.

El dedo del corazon, la mexilla, el indice, y la boca.

Enrique. En fin, todo se averigua:
amor, en gran riesgo estamos.

Rey. Enrique alli se divisa,
no quiero que algun extremo
al verle, quizà desdiga
de mi grandeza; detenle,
que yo en essa galerìa
un breve rato estarè
con las Damas en visita:
mudo, sigueme. *Zerbin.* Ba, ba. *Vanse.*

Ricardo. Por què, Enrique, te desvìas?

Enrique. Cavalleros como vos,
señor Ricardo, no estilan
assegurar à los Reyes
en duda, alguna noticia,
que sea en daño de tercero,
y la gracia mas valìda,
debe tener las palabras
junto al poder muy medidas.

Ricard. Por què lo decìs? *Enriq.* Lo digo,
por lo que aora al Rey decìais,
assegurando imprudente,
que à la Condesa servìa,
y que de noche la hablaba.

Ricardo. Estatua he quedado fria: *ap.*
acabando de hablar solos
el Rey, y yo, no imagina
el alma, còmo pudiesse
èl saberlo tan aprisa.

Enrique. De mì, que digais no importa,
pues todo pàra en mi vida;
pero en quanto à la Condesa,
infame serà quien diga
cosa que desdecir pueda
de su opinion pura, y limpia,
y yo sabrè castigarlo.

Ricardo. A tanta descortesìa
no hay otra respuesta.

Enrique. Assi *Sacan las espadas.*
desatenciones castiga
mi acero. *Salen el Rey, Juana, y Zerbin.*

Rey. Tened: què es esto?
Que este arrojo se repita
aquì otra vez! porque entonces
mi colera no os fulmina,
consecuencia à la segunda,
fue la primera osadìa.

Juana. Todo es sustos, todo es penas. *ap.*

Enrique. Si yo te ofendì, exercìta,
señor, en mì tus rigores.
Descomponer determìna *ap.*
mi industria esta confianza,
que contra mì se conspira.
A hablarme llegò Ricardo,
diciendo, que me queria
tanto, que aun no reservaba
de mì la mas escondida
confianza vuestra; y que
esta verdad atestigua
vèr, que aora le dixisteis,
con misteriosos enigmas,
que tengo correspondencias
con una beldad divina,
en quien lo mucho de hermosa
excede al blason de esquiva,
de noche hablando con ella,
y escribiendola de dia;
que matarme le mandabais,
à esto añadiò, y corrida
mi lealtad, y mi nobleza,
de vèr que en una accion misma,
del decoro de una Dama
una falsedad publìca,
y una indignidad de vos,
intentè con saña impìa
darle el castigo, y la muerte,
y aun entregar sus cenizas
quisiera al aire, porque
de traicion tan atrevida,
porque no queden memorias,
no era bien dexar las mismas.

Zerbin. Hà buen hijo! essa fue doble:
con què destreza està urdida!

Ricard. Señor, si creeis:: *Enriq.* Pues yo
de què saberlo podìa,
si vos no me lo contàrais?

Ricard. Yo? *Rey.* Callad, que mas se irrita
mi venganza: à los dos presos
lleven, por la grosserìa

de ſacar aqui las armas.
Juana. Mi rendida fè os ſuplìca,
ſeñor, que à los dos mi caſa
oy de ſagrado les ſirva.
Rey. Aunque vueſtra caſa fue
principalmente ofendida,
y en ella yo; con todo eſſo,
le ſervirà à mi juſticia
de indulto vueſtra preſencia:
tù, Ricardo, te retira
de aqui, que quien traidor falta
à ſu Rey, que de èl ſe fia,
no es digno de ſu preſencia.
Ricardo. Mi vida verè perdida,
ò aſſegurado tu engaño.
O ſuperſticion maligna!
aqui hay ſecreto grande, *ap.*
que averiguar neceſsita
mi induſtria, porque ſi no,
la gracia del Rey peligra. *Vaſe.*
Enrique. A un traidor, un alevoſo. *ap.*
Zerbin. Bien deſpachado lo embia.
Rey. Oy los dos, por vos, ſeñora,
el indulto han merecido,
y mas el lograrle ha ſido
ſiendo vos la interceſſora;
pues el alma que os adora,
ſentir debe en pena igual,
que ſea condicional,
y no comun el deſdèn,
y que podais querer bien
à quien os pinta tan mal.
Juana. No os entiendo. *Rey.* Yo bien sè,
que ya os he entendido à vos.
Enrique. A ſolas hablan los dos;
què la dice el Rey, dirè.
Señala la cabeza, el dedo del corazon, la boca, y la frente.
Juana. Con ellos reſponderè:
que èl tiene zelos de tì.
Señala la cabeza, frente, abanico, y dedo indice.
Rey. Que os deſvelais mucho oì.
Juana. Y que por la noche hablamos.
Señala la cabeza, mexilla, y los dos dedos en la boca.
Señor, eſta que tratamos
no es platica para aqui.
Fineza quereis hacer
la ruindad del ſoſpechar?
de quàndo acà el infamar
fue credito del querer?
còmo llegais à ofender
vueſtra Mageſtad aſsi?
No eſtèmos, ſeñor, aquì
en tal platica los dos,
que penſais muy mal de vos,
y mucho peor de mì.
A Morgàn voy à entregar *ap.*
el libro ya reſpondido. *Vaſe.*
Zerbin. El Rey quedò ſuſpendido.
Rey. Què mal hice en declarar
zelos, haſta averiguar
à quien mi enemiga bella
ama, y por quien atropella
tantos decoros Reales!
que en zelos tan deſiguales,
antes me ofendo yo, que ella.
Enrique? *Enrique.* Aqui retirado,
ſeñor, eſperando eſtoy,
que de mi fè quedes oy
ſeguro, no haviendo hallado
lo que de mì te han contado.
Rey. Pues tù, dì, te has perſuadido
à que yo huvieſſe creìdo
tal locura? *Enrique.* A mì me peſa:
pues què dirà la Condeſa
de zelos que le has pedido?
Rey. Yo zelos? *Enrique.* Zelos, ſeñor.
Rey. Hombre, eſtàs fuera de ſeſſo?
y que aun yo lo eſtoy confieſſo, *ap.*
porque èl no pudo en rigor
oìrlo: loco, traidor,
tù te atreves de eſſa ſuerte
à decirlo? *Enrique.* Trance fuerte!
Rey. Pues, dì, ſi yo lo eſtuviera,
què diſtancia, aleve, huviera
de mis zelos à tu muerte?
Pues ſi ſe quexa el poder
quando ſe llega à irritar,
aun juzgo que el caſtigar
es primero que el ſaber.
Enrique. Señor, à mi parecer,
zelos fueron los que oì,
mas quizà mal lo entendì.
Rey. Aqui hay ardid, vive Dios, *ap.*
pues lo que hablamos los dos
no pudo oìr deſde alli:

pre-

prevenida la criada
està, y por el interès,
para averiguar quien es,
me darà esta noche entrada:
tu osadìa anduvo errada
en haverse declarado;
porque al poder enojado,
lo mas dificil ha sido
el darse por entendido
y tù lo has facilitado. *Vase.*

Enriq. Valgame el Cielo! *Zerbin.* Yo aqui
contigo à hablar me resuelvo;
pero à ser mudo me buelvo,
que viene Morgàn alli. *Sale Morgàn.*

Morgàn. Todo el dia ando tràs tì.

Enrique. Espera, espera. *Morgàn.* Ya espero.

Enrique. Què es esto?

Morgàn. Un amo hechicero
me obliga asi à santiguarme
todo entero, por librarme
de su demonio embustero.
El libro otra vez te embia
la Condesa mi señora,
que èste no le gusta aora,
segura està la fè mia,
pues el diablo se desvìa
de las Cruces del vestido.

Enrique. Muestra.

Morgàn. Brava industria ha sido
traer las Cruces sembradas.

Enrique. Otras hojas trae dobladas,
verè lo que ha respondido.

Lee. Mi bien, esta noche espero,
porque remedio busquèmos,
no solo por los extremos,
que ha de hacer el Rey severo,
sino porque lisongero
esse criado villano,
que de un Conde eres hermano,
à Enriqueta le contò,
porque ella un relox le diò.

Morgàn. Verè à què hora està la mano.

Enrique. Culpa es mia, pues sufrì
tanto à un picaro hablador:
muere, villano, traidor.

Saca la espada, y dale.

Morgàn. Ay desdichado de mì!
señor, en què te ofendì,
que asi me has descalabrado?
dos cuchilladas me has dado.

Enrique. Quando ocultarme prevengo,
que un hermano Conde tengo,
à Enriqueta le has contado?

Morgàn. Jesus! el diablo no ha huìdo
de la Cruz? no es diablo ya:
mudo, tenle, bueno està,
la cabeza me has rompido,
no estès mas enfurecido.

Zerbin. Menester es ya mediar:
ba, ba. *Enriq.* El relox me has de dar.

Morgàn. Hasta esso el diablo contò?
mas hablador es que yo,
por èl me quiero trocar:
vesle aqui.

Enrique. Dònde està? *Morgàn.* Aqui.

Enrique. Mudo, à este por hablador
se le quita mi furor,
y porque callas, à tì
te le doy. *Dasele à Zerbin.*

Morgàn. Pues pese à mì:
con mi alhaja has de premiar,
que essotro no sepa hablar?

Enrique. Asi el mostrarte consigo,
quanto ganàras conmigo,
si aprendieras à callar. *Vase.*

Morgàn. Tù el relox me has de bolver,
mudo: que no quiere dice:
ay hombre mas infelice!
à curarme he menester
ir, y podreis aprender,
criados, todos de mì,
por hablar se medra a si,
pues sin relox he quedado,
y me voy descalabrado:
desdichado hablador fui. *Vanse.*

Salen el Duque, y Nise.

Duque. Yo la noticia he tenido,
de que un hombre suele entrar
de noche, y averiguar
si es verdad, ò no, escondido
he de estàr, y asi te pido,
que me abras. *Nise.* Si harè, pues quando
no fuera yo de tu vando,
en què pecho singular
hay valor para negar
lo que se suplica dando?
Yo la puerta te abrirè,
puntual en obedecerte,

y tambien para esconderte
sitio oportuno tendrè;
y à Dios, no nos vean, porque
lo sospecharàn. *Vase.*

Duque. Amor,
suspende un poco el rigor,
en tanto que mis desvelos
se averiguan, que estos zelos
vàn tocando en el honor.
En mì esta liga es baldòn,
quando en todos honor fue,
pues por el Rey professè
su Militar Religion:
diòla à todos por blason,
y à mì por oprobio, quando
su dueño estoy adorando,
y ella misma, si lo atiendo,
mi casa và ennobleciendo,
pero mi amor infamando. *Vase.*

Sale Juana con una luz.

Juana. Pues dexo cerradas todas
las puertas, y prevenidos
todos los inconvenientes,
dexadme, necios delirios,
pues passais à ser dolores
desde que sois vaticinios;
que empezar desde el temor
à inquietarse del peligro,
es anticipar los males
con ansias de resistirlos.
Por una noche no mas
que queda, ha de ser preciso
que le vean? pues què susto,
què inconveniente prolijo
me està anunciando en presagios
el corazon à latidos?
Para ausentarnos mañana
llamo à Enrique: què infinitos
sobresaltos que nos cercan,
unos de otros producidos!
la desesperacion, solo
es quien puede hallar camino.
En este quarto, que està
tan apartado del mio,
y del ruido de la casa,
por ser del Jardin vecino,
le quiero hablar, y estarà
en sus quadros escondido
Enrique, pues tiene llave
de aquel secreto postigo:
la seña harè. *Hace seña con el lienzo.*

Sale Enrique. Ya esperando
estaba entre tanto abismo
de sombras, la blanca seña
de este tremolado aviso.

Juana. Mi bien, mi señor, mi esposo:
(con què terneza lo digo!)
ay si este nombre duràra
al pronunciarle mil siglos,
porque es ya dexar de serlo
acabar de repetirlo!
Con mil ansias te he esperado,
porque acà desfallecido
el corazon, escondiendo
lo assustado en lo remisso,
me anuncia vanos temores
de que recelosa vivo.

Enrique. Ay de quien no ya temores
padece, puesto que han sido
los mios riesgos declarados,
con que ni aun dexa el alivio
la evidencia de poder
dudarlos al discurrirlos!

Juana. En mas venturoso estado
estàs, puesto que te miro
vivo, y padecido el riesgo,
que à lo menos del martirio
te libraràs de temerle
con haverle padecido. *Al paño el Rey.*

Rey. Ya no hay que dudar, sospechas,
supuesto que à Enrique he visto:
corazon, ni aun lo irritado
me dexò lo suspendido. *Al paño Milardi.*

Milardi. Nise me contò, que en casa
ha entrado el Duque mi primo,
de cierto hombre receloso,
con que otra vez me he venido
à sossegar: mas què veo?

Enrique. Considera si es distinto,
aun padecido mi mal,
si yerto, pàlido, y frio,
vertiendo la vida en mares,
desatando el alma en rios,
à nunca mas verte, vengo
à decir que te he perdido.

Milardi. Bueno es esto. *Juana.* Calla, calla,
que de yelo un basilisco,
de caràmbanos un aspid

esſa voz ha introducido
el alma, que el corazon
me muerde por los oìdos:
à nunca mas vèr, què dices?
Ay de mì, Cielos divinos!
ya ſerà eterna la vida,
que me ha ſobrado al oìrlo.

Enrique. El Rey, ſeñora, te adora,
èl nueſtro amor ha ſabido,
y yo falto à ſer quien ſoy,
ſi en ofenderle proſigo;
que mas temo en mi lo infame,
que no en èl lo vengativo.
Y porque mi rendimiento
quede, ſeñora, bien quiſto,
ò airoſo conmigo, pues
diſculpa no neceſsito,
que vèr quanto fue tu amor,
en quantos te vèn preciſo;
me pareciò deſtinado
mucho mas que perſuadido:
no quiero de eſta diſculpa
valerme, aun para contigo,
que es necio quien con ſu Dama
intenta deſvanecido,
que en ſuplirle algo àzia el garvo,
gaſte nada del cariño.
Mi amor al del Rey le lleva
mucha ventaja en lo antiguo,
pues en ſus primeros años
tuvo ſu origen el mio,
quando tu padre en Eſcocia
eſtuvo à ciertos partidos
de limites, que paſaron
en las diſcordias que vimos:
demàs de eſſo, nunca el Rey
moſtrò en ſu amor mas deſignio,
que del pùblico cortejo
en la nacion permitido;
porque ſupo bien ſu intento
disfrazar con el eſtilo.
Oy mueſtra fines mayores,
y aunque ſoy en ſus dominios
Eſtrangero, mal pagàra
las honras que le ha debido
la apariencia de criado,
con que à ſu grandeza aſsiſto;
sì bien entre las penſiones
de un deſigual exercicio,
con ofenderle en el guſto,
en carta que he recibido
de Eſcocia, el Conde mi hermano
de Montgomerri, me ha eſcrito,
que eſtoy ya de èl perdonado.

Milardi. Abſorta eſtoy! *Rey.* Sin ſentido
anìmo. *Enriq.* Y pueſto que es fuerza::-

Juana. Calla, aleve, fementido,
mal Cavallero, traidor,
no proſigas, que hay delitos,
en que no es executarlos
mas ofenſa, que decirlos.
Si porque eſtàs en tu Patria
perdonado, y has querido
buſcar tan à coſta mia
ocaſion à tu retiro:
ſi el tiempo que aqui has eſtado,
como auſente, en fin, conmigo,
ſolo eſtudiaſte lo amante,
que baſta à lo divertido;
no te valgas de ocaſiones,
que demàs de dar motivo
à mi amante ſentimiento,
dèn à mi deſdoro indicio.
Por tì del Duque las bodas
haſta aora he reſiſtido:
por tì el Rey experimenta
deſaires, mas que deſvìos.

Milardi. Jeſus, y què de finezas,
ſin haverlas yo ſabido!

Rey. Sin atreverme à irritar,
temblando eſtoy de mì miſmo.

Juana. Mas no, no es eſta la cauſa,
ſino que havràs advertido
de Enriqueta las finezas,
y querràs, atento, y fino
pagarſelas: no es verdad?
de què te acobardas? dilo:
callas? ſin duda concedes:
ſacame de eſte conflicto,
ingrato tirano Enrique,
ò confieſſa, ò niega tibio.

Enrique. Solo faltaba, que aora
me pidan tus deſvarìos
zelos de quien aborrezco. *Sale Milardi.*

Milardi. Señor Enrique, paſsito,
que hay valor para ſaberlo
en mì, mas no para oirlo.

Enrique. Cielos, otro ſuſto mas!

Milardi.

Milardi. Ya por lo menos he visto,
en que Enrique venga à casa,
quanto, prima, te he debido;
y que no hay en un Pintòr
cosa que le hiciesse digno
de mi estimacion. *Juana.* Què quieres,
que con esso que me has dicho
me turbe mucho de verte,
y pregunte à què has venido,
y no sepa responderte
con melindroso artificio
solo por tì? pues no quiero,
que mugeres que nacimos
obligadas al acierto,
nunca havemos elegido
cosa en secreto, que pueda
en pùblico deslucirnos;
y pues yo no tuve culpa
de que boba huviesse sido;
por tu vida no me hagas
mala obra, que es preciso
hablar à Enrique. *Milardi.* Pues, falsa,
tan vil juzgas mi capricho,
que con èl he de dexarte?
Juana. No, pues ni de esso me aflijo:
nunca has visto requebrarse
con mil ansiosos cariños,
à dos amantes? *Milardi.* Yo, no.
Juana. Pues todo quiere principio:
sientate aqui, y lo veràs,
porque và largo el camino,
y por tì no he de perder
la ocasion, y assi prosigo.
Milardi. Aun mas de tu desenfado,
que de tu traicion, me admiro.
Juana. Enrique, por tì aborrezco
tanto al Rey, y es tal::-
Sale el Rey. Passito,
que hay valor para saberlo
tambien, mas no para oirlo.
Juana. Este sì que es susto, Cielos!
Enrique. Amor, este sì es peligro!
Milardi. Cielos, ya sobra venganza!
Rey. No haveis, Enrique, sabido,
que contra lo soberano
el tener dicha es delito?
yo por otro despreciado?
rayos, è incendios respiro.
Enrique. Solo sè, señor, que en este
amor me ha dado el destino,
sin arbitrio de evitarlo,
el merito de elegirlo.
Rey. Y yo solo sè::-
Dent. el Duque. Traidor,
ò has de quedar conocido,
ò muerto. *Riñendo.*
Dent. Ricardo. Saber quien eres
tengo, ò no has de quedar vivo.
Rey. Què es aquello?
Juana. Muerta estoy!
Enrique. Dentro de casa es el ruido.
Rey. Aguardad, no os vais, que yo
lo verè. *Juana.* Solo os suplìco,
señor, no salgais, no piensen,
que estabais aqui escondido.
Rey. Enrique està satisfecho;
de los demàs imagino,
que no se os dà nada à vos.
Enrique. Ya se acercan à este sitio.
Salen riñendo el Duque, y Ricardo.
Duque. Digo, que he de conoceros.
Ricardo. Con esse mismo motivo
os traigo à la luz. *Rey.* Què es esto?
Duque, Ricardo, atrevidos,
reñis aqui? *Duque.* El Rey: ya, Cielos,
ocioso es lo que averiguo! *ap.*
Rey. Què ha sido esto? *Ricardo.* Señor, oy
Enrique os dexò conmigo
enojado, yo en venganza
de la falsedad que os dixo,
averiguar este amor
tomè por empeño mio,
y de la misma criada,
que vos sabeis, me he valido,
que ignorando vuestro enojo,
juzgò que entraba mi brio
à guardaros las espaldas:
un bulto al entrar distingo,
y empeñado en saber quien
sea este galàn escondido,
embestì con èl. *Duque.* A tiempo
que yo, que quizà movido
del mismo intento, con mas
razon buscaba esse indicio,
tambien lo mismo intentaba
saber: con que conducidos
de un mismo fin, las razones
trasladamos à los filos.

Rey.

Rey. Bien està: pues què licencia
tienen vueftros defatinos
de averiguar aqui zelos,
fabiendo que yo aqui afsifto?
Ricard. Señor::- *Duque.* Què èl afsifte aqui?
què mas claro ha de decirlo? *ap.*
Rey. Fenifa, llamame à quantos
à acompañarme han venido,
pues fabes donde quedaron.
Fenifa. Temblando, feñor, te firvo. *Vafe.*
Rey. Yo defpreciado! no fiento *ap.*
tanto haver vifto abatido
lo Rey, como lo galàn:
què harà, fi à lo prefumido
de qualquier hombre fe junta
de la Mageftad lo altivo?
Salen los Soldados.
Sold. Què es, feñor, lo que nos mandas?
Rey. Que à los tres lleveis os digo
à Palacio, bien guardados:
y en haviendo amanecido,
feñoras, tambien efpero,
porque haveis de fer teftigos
de como venga Eduardo
el haverle competido,
que efpero que al mundo quede
memoria de fu caftigo. *Vafe.*
Duque. Efto fin duda es por mì:
hados crueles, è impìos,
por què me guardais la muerte,
fi contra mi fama vivo? *Vafe.*
Enrique. Contra mì, fortuna airada,
vàs efgrimiendo el cuchillo,
pues paffa por delincuente
en mis anfias lo influìdo. *Vafe.*
Milardi. Cielos, ni sè lo que temo,
ni aun sè lo que ha fucedido! *Vafe.*
Juana. Cielos, dònde vàn mis penas
de un abifmo en otro abifmo? *Vafe.*
Sale Zerbin. Gran cofa es tener relox!
toda efta noche paffada
con el ruìdo del volante,
no folo me difpertaba,
pero ya con darle cuerda,
ya con mirar fi fe pàra,
ya fi anda bien con el otro,
y ya en què ocafion fe atraffa,
aun no he pegado mis ojos:
que haya quien tenga efta maula,
que es para cuenta engañofa,
y enfadofa para alhaja!
vamos à Palacio en fin.
Sale Morgàn.
Morgàn. Al mudo atisbando anda
mi valor, pues aunque tenga
la cabeza entrapajada,
y aunque haya menefter unos
remiendos de calabaza,
yo he de cobrar mi relox;
y pues èl no trae efpada,
y yo sì, puefto que aora
le voy cogiendo de efpaldas,
quien dà luego dà dos veces:
zàs. *Dale con la efpada, y buelve Zerbin.*
Zerbin. Hà traidor, què me matas!
ay pobre de mì, que hablè!
Morgàn. Còmo què, los mudos hablan?
fin duda tù eres el diablo,
que quanto yo digo parla:
dexa, ladron, mi relox,
ò te efconderè en la panza
el letrero de efta hoja,
y harè de tus tripas bayna.
Zerbin. Toma, Morgàn, el relox:
pero por la Virgen Santa,
que à nadie digas que hablè.
Morgàn. En vano en effo te canfas,
que no perdiera yo el gufto
de decirlo à quantos paffan,
fi me dieras mas reloxes,
que puede haver de aqui à Francia:
vèn à Palacio conmigo.
Zerbin. Mira::- *Morgàn.* Son efcufas vanas.
Zerbin. Pues mira que à tu amo firvo,
callalo. *Morgàn.* Miren què tacha!
el fer de mi amo el fecreto
le dà otro tanto de falfa.
Zerbin. Llevòfelo todo el diablo.
Morgàn. Aqui fale el Rey, tù calla,
hafta que lo diga yo.
Zerbin. Defcubriòfe la maraña.
Salen el Rey, el Duque, Ricardo, Enrique, y todas las Damas.
Juana. Temblando à fus ojos llego.
Duque. O quànto la vifta airada
de un Rey pone horror!
Enrique. O quànto
fu femblante me acobarda!

Rey. Enrique, toda la Corte
presente, està combidada
à vèr tu castigo: Amor, *ap.*
mira que el poder se ultraja
con tu victoria, si fuiste
passion, ya has de ser hazaña:
el haverme competido,
pidiendo està mi venganza.
Enrique. Injustamente, señor,
competencia tuya llamas
el rendimiento, si oìste,
que mi lealtad intentaba
vencerse por sì, cediendo
à tu respeto mi Dama.
Rey. En esso me competiste,
no en quererla, no en amarla,
que para esso en su hermosura
tuviste la misma causa
que yo, y aun sin la disculpa
de aquella Real constancia,
que nada el ànimo inmuta
en las passiones humanas.
El amor, y la fortuna,
respetando los Monarcas,
lo que el muy diestro que juega
con un Principe las armas,
hace, que para mostrar
quanto su poder alcanza,
y por donde herir pudiera
si con otro batallàra,
no executa las heridas,
solamente las señala.
En quererte vencer tù
me competiste: ignorabas,
que la mas heroica accion
queda siempre reservada
para el pecho mas heroico?
Bueno fuera que contàran,
que tù te venciste à tì,
y yo no pude, y quedàras
tù con la gloria de haver
hecho la accion mas hidalga?
Los Reyes son Reyes siempre,
y las acciones mas altas,
al mayor poder las tiene
el destino decretadas:
vencerse es lo mas dificil,
y gloria mas soberana
es vencerme yo, que tù,
pues es, si bien lo reparas,
mas dificil la victoria,
que al mayor poder contrasta.
Rey es quien à sì vence,
y no el que à los otros manda,
que el valer contra sì mucho,
es mas digno de alabanza
en los hombres: pues por què
ambicioso imaginabas
usurparme tù una gloria,
por dexarme una esperanza?
Este tu delito ha sido,
que de castigar oy trata
mi grandeza, y no mi enojo,
explicandose mi saña
con hacer oy beneficios,
à quien hacer intentaba
à mi fama tal injuria;
porque no hay mayor venganza
para una ingrata nobleza,
que convencerla de ingrata.
El tiempo que libres fuimos,
amè, servì, y quise à Juana
con la libertad cortès,
que permite nuestra Patria:
y no siendo justo à un Rey,
origen de quien dimana
toda nobleza, ofender
la suya, ni aun con las ansias,
solamente he de acordarme,
que la quise para honrarla:
pues quien debe honrar à todos,
què debe hacer con quien ama?
Traedme una liga aqui,
de quien penda la medalla
de San Jorge, porque Enrique,
quando con Juana se casa,
hecho de mi mano quede
Cavallero de la Vanda,
que en honor de su muger,
instituyò cortesana
mi atencion. *Duque.* Señor, què dices?
quando no consideràras,
que la Condesa quedò
conmigo capitulada,
casarla con un Pintòr,
à quièn no harà repugnancia?

Rey.

Rey. Enrique de Montgomerri
es de tan iluſtre caſa
como vos; y demàs de eſſo,
por nobleza no baſtaba
el ſer de mi Jarretiera?

Enrique. Aun no acierto à hablar palabra
de confuſo!

Sale el Criado con la Vanda.

Criado. Ya eſtà aqui.

Rey. No es eſſa la que ſeñala
mi afecto à Enrique, ſino
la miſma que el pecho eſmalta
mio: ponedme à mì eſſa.

Quitaſe el Rey ſu Vanda, y poneſela à Enrique.

Tù, Enrique, llega, y repara,
en que es la que te echo al cuello
la liga tan celebrada
de Juana, que reſtituyo
con tanto honor, gloria tanta,
y en ella pendiente aquella
joya ſuya, porque en arras
ſe la dès; y de eſta accion,
à voces dirà la fama,
que no el traerla yo al cuello,
ni hacer de ella tanta gala,
ni el darſela à la nobleza
por iluſtre circunſtancia,
ſino el bolverla à ſu dueño;
quando la mirè caſada,
es el Aprecio mayor
del Deſcuido de una Dama.

Juana. Quièn ſino tù, de sì miſmo
tan alto triunfo logràra?

Morgàn. Señor, aun falta otra coſa:
ſaber que eſte mudo habla,
y que èl parlò quanto oyò.

Rey. Ya no importa.

Feniſa. Tù contabas
quanto yo hablaba, traidor?

Zerbin. Harto caſtigo me alcanza,
pues pierdo el ſer ſabandija,
coſa oy de tanta importancia.

Duque. Pues, ſeñor, con tu licencia,
perdida ya la eſperanza
en Juana, pueda Enriqueta
reſtituir à mi caſa
la ſangre de vueſtro tronco.

Milardi. Feliz ſoy! aqui me valga
la cordura.

Morgàn. Y aqui, pueſto,
que la Comedia ſe acaba,
y no hay que parlar en ella,
ſolo os contarè, que aguarda
de la piedad el Ingenio,
que le perdoneis las faltas.

FIN.

Con Licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de Joſeph, y Thomàs de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio de Corpus Chriſti, en donde ſe hallarà eſta, y otras de diferentes Titulos. Año 1771.